

Del Sinaí al Calvario



Reflexiones sobre las últimas palabras de Jesús
Testimonio de Catalina

Del Sinaí al Calvario

Reflexiones sobre las últimas palabras de Jesús

Testimonio de Catalina



Curia Episcopal
2a. Av. Norte, 10
SAN VICENTE
El Salvador, C.A.

IMPRIMATUR

La lectura del libro: *"Del Sinaí al Calvario"* conforma un hermoso itinerario de inédito crecimiento espiritual. En su contenido no encuentro nada contrario a las Sagradas Escrituras ni a la doctrina de la Iglesia.

Sólo encuentro principios y conceptos que pueden ayudar al enriquecimiento interior de los fieles, por lo que otorgo mi Imprimatur, pidiendo bendiciones especiales del Creador para cada lector.

San Vicente, El Salvador, 9 de febrero de 2004



+ *J. Barahona*

Mons. José Oscar Barahona C.
Obispo de San Vicente
El Salvador, C.A.

Imprimatur

La lectura del libro: *"Del Sinaí al Calvario"* conforma un hermoso itinerario de inédito crecimiento espiritual. En su contenido no encuentro nada contrario a las Sagradas Escrituras ni a la doctrina de la Iglesia.

Solo encuentro principios y conceptos que pueden ayudar al enriquecimiento interior de los fieles, por lo que otorgo mi imprimatur, pidiendo bendiciones especiales del Creador para cada lector.

San Vicente, El Salvador, 9 de febrero de 2004

Mons. José Oscar Barahona C.
Obispo de San Vicente
El Salvador, C.A.

PRESENTACIÓN

Todos los escritores sagrados y místicos, que han deseado ardientemente penetrar en el corazón, la mente y el alma de sus lectores, ofreciendo un verdadero alimento que reconforte el espíritu, han acudido primeramente a Dios, para pedirle las luces necesarias y sus divinas inspiraciones, a fin de poder iluminar con la luz de la fe, las inteligencias y las voluntades de quienes desean recibir con humildad estos saludables mensajes, que han sido escritos bajo la inspiración de Dios y que revelan su santísima voluntad, para el bien y provecho de la humanidad.

El presente Libro, escrito por Catalina, tiene la característica de los textos de aquellos quienes, viviendo la intimidad con Dios, no han dudado bajo ninguna circunstancia en internarse en las profundidades del Ser Divino, para constituirse en transmisores de las inspiraciones que a Él le place concederles.

El Evangelio es la fuente de donde nace la fe y nos lleva al conocimiento profundo de la Persona de Jesucristo, que con su vida, pasión, muerte y resurrección, consiguió la Redención del género humano.

En el Evangelio se recapitula toda la infinita grandeza de Dios Trino, manifestada en la Persona de Cristo. El Evangelio, como sabemos los creyentes, es la fuente de donde se extraen todas las infalibles enseñanzas de la Iglesia. De este Libro Sagrado, que es la Palabra de Dios, han brotado innumerables escritos, tendientes a fomentar la fe y hacer que la vida cristiana esté en conformidad con la voluntad Divina.

Dios ha suscitado y escogido a algunas personas, para que sean sus mensajeros y testigos de la única Verdad, y ha querido confiar a ellos algunas riquezas del depósito de la fe.

Los cristianos conocemos el Evangelio; sin embargo, no todos lo viven ni lo comprenden en toda su dimensión y por eso es necesario ir recorriéndolo, paso a paso, para comprenderlo mejor y hacerlo norma de nuestra vida. ¡Cuántas veces hemos leído sobre la Pasión de Cristo...! ¡Cuántas de ellas han pasado como una simple lectura de historia o de novela, sin haber impactado en nuestra vida!

En este Libro de Catalina, verdaderamente inspirado por el Señor, encontramos una profunda reflexión sobre la Pasión de Cristo, especialmente sobre aquellas Siete Palabras que Jesús, agonizante en la Cruz, exclama para llamar a la conversión al género humano.

El eco de ese clamor Divino se extiende a todo el mundo, y seguirá resonando a través del tiempo y del espacio, aunque una inmensa mayoría de la humanidad tape sus oídos para no escuchar.

Catalina, cumpliendo con el sagrado deber de ser “pregonera de Cristo”, quiere llevar esas palabras sagradas del Señor a todos los lugares, a todos los ambientes, a todos los hombres y mujeres del mundo, para que comprendan que lo único necesario en la vida es la amistad con Dios.

Catalina ha sido llamada por esa voz de Jesucristo, e inspirada por Él quiere hacernos vivir su experiencia de Dios, quiere introducirnos al Misterio de nuestra Redención, llevándonos a aquellos solemnes y dolorosos momentos de la Pasión de Jesucristo.

Esas escenas y sus interpretaciones, están descritas en una forma vivencial y como arrancadas de lo profundo de su ser, para que aquellos que las lean, sientan de veras la presencia de Cristo, su llamado a la conversión y la fuerza del mandato a sus elegidos, para que sean los portavoces del Redentor en un mundo tan tristemente secularizado, tal como los editores lo apuntan en el prólogo de este libro:

“Observando este mundo, nos damos cuenta de que necesita un freno - como dice el Papa Juan Pablo II- necesita una nueva evangelización que haga resplandecer con renovadas fuerzas la presencia de Dios, que reoriente al mundo hacia Cristo, nuestra esperanza; hacia su misericordia; invitando a todos para que vuelvan a mirar la Cruz, para poder calmar la tormenta que el enemigo común ha desatado sobre el mundo y para enderezar los caminos de los hombres.”

Cada frase de las Siete Palabras, tiene un contenido profundo que me lleva a recomendar el leerlo con detenimiento, pensando que estamos al lado del Señor, para sentir en nuestra vida el amor Divino de Jesucristo que, en el momento supremo de su vida, tenía la mirada puesta en nosotros.

Es posible que algunos quieran calificar este libro como “un escrito pietista”. No es eso. Este texto, además de no contener ningún error dogmático, nos lleva a la presencia de Cristo para unirnos a todos en la fe, en el amor y en la esperanza de una vida perfecta en Dios.

Mons. René Fernández A.
ARZOBISPO EMÉRITO DE COCHABAMBA

PRÓLOGO

Quien se sumerge en el Misterio de la Pasión del Señor, no puede evitar los sentimientos de dolor y compasión, por los terribles tratos que los hombres dieron a su Salvador.

Como hombre, Jesús experimentó los peores dolores que pueda soportar un ser humano: ultrajes, golpes, ofensas, heridas en todo su cuerpo... Fue tratado como si hubiera sido un asesino, un enemigo de la humanidad.

Con expresiones muy impactantes, los evangelistas nos describen las circunstancias que acompañaron a Jesús en aquellos momentos fatales. Seguramente estos textos pasaron en reiteradas ocasiones bajo nuestros ojos, pero muchas veces en forma tan fugaz que no hemos podido penetrar en el mensaje profundo que contiene aquella realidad histórica.

El presente libro narra y describe algunos de los acontecimientos más relevantes de nuestra Redención. Durante dos meses, por varias horas diarias, Jesús invita a Catalina –la autora de estas páginas- a vivir, a contemplar sus últimos momentos en la cruz, y al mismo tiempo a meditar sobre sus últimas palabras.

Aquellas “últimas palabras”, que jamás perderán su fuerza, adquieren un significado particular a la luz de los acontecimientos que vive el hombre de hoy, empañado de materialismo, de violencia, de pérdida de sentido; engeguado por su soberbia, al punto de atribuirse el derecho de manipular la vida, de sofocarla, de decidir sobre el destino de los demás...

Sin duda, vivimos en un mundo marcado por la cultura de la rivalidad y de la muerte, que promueve el hedonismo en sus expresiones más aberrantes, mientras se formulan leyes cada vez más alejadas de la fe, de los verdaderos valores. Es como si en todo lo que el hombre hace, procurara excluir en forma sistemática y obstinada a su Creador, al grado que para muchos, hablar de Dios en la cultura de hoy, resulta un anacronismo, un atropello a la razón.

Mientras tanto, quienes creemos, estamos conscientes de que hay un gran debilitamiento en la práctica de nuestra fe, de nuestra capacidad y disposición para orar; de nuestro compromiso con Dios. La ausencia de razones para sostener la fe nos viene

conduciendo a la pereza espiritual, a la pérdida del celo por las cosas del Señor, a la confusión y a las más diversas maneras en que se manifiesta el mal.

Observando este mundo, nos damos cuenta de que necesita un freno; necesita -como dice Juan Pablo II- una nueva evangelización, que haga resplandecer con renovadas fuerzas la presencia de Dios, que reoriente al mundo hacia Cristo, nuestra Esperanza; hacia su Misericordia; invitando a todos para que vuelvan a mirar la Cruz, para poder calmar la tormenta que el enemigo común ha desatado sobre el mundo, y para enderezar los caminos de los hombres.

Estas páginas son una invitación especial para ti, hermano sacerdote, hermano consagrado, hermano laico -que estás involucrado en la efervescencia de la actividad y del pensamiento humano- un llamado para que redescubras el significado del trabajo por los intereses de Cristo.

Hemos olvidado el valor de la cruz, del sufrimiento, de la penitencia; por esto no estamos respondiendo como debiéramos al mandato recibido, que es el de ir por todo el mundo y predicar la Buena Nueva del Evangelio.

Cuando Jesús le habla a Catalina refiriéndose a los consagrados le dice: “Di a las almas consagradas que la cruz que llevan no es solamente para que adorne su pecho [...] deben revestirse de ella, deben aprender a ‘acomodarse’ en ella en lugar de huir de ella [...] no pueden ambicionar el Tabor sin antes pasar por el Gólgota [...] En la cruz es donde se aprende la caridad, la humildad, la pobreza de espíritu, la templanza...”

Pero resulta que, con la mentalidad de hoy, todo lo referido a la cruz, al sufrimiento, a la renuncia, nos parece obsoleto; huimos de todo aquello que implica penitencia o mortificación, no le vemos sentido...

Sin embargo, las palabras de Cristo en el Evangelio “¡Si quieres seguirme toma tu cruz y sígueme!” no han perdido vigencia. Si de veras estamos dispuestos a configurar nuestra vida a la Suya, entonces veremos que son muchas las vestiduras mundanas de las que tendremos que despojarnos y liberarnos.

Cristo sigue sufriendo en los miembros de su Cuerpo místico, sufre

en el anciano abandonado, en el pobre, en el enfermo, en el encarcelado, en el hambriento, en el huérfano... ¿Será que podemos aliviar este dolor? Tomar conciencia de ello es comenzar a curar las llagas y las heridas mismas de Cristo.

La actitud pasiva es propia de aquel que está siendo domado por el enemigo. El enemigo común no molesta a quienes ya tiene sujetos, éstos de hecho niegan su existencia, niegan el infierno, creen estar libres de las tentaciones porque ya todo les parece normal; han perdido la conciencia del pecado y por ello no necesitan evangelizar; están convencidos de que su vocación consiste, en el mejor de los casos, en amar a su prójimo como a ellos mismos, pero olvidándose de cultivar su relación personal con Dios a través de la Cruz.

Ha llegado el momento de abrir los ojos a esta realidad terrible que está diezmado a nuestra Iglesia. La falta de convicciones, la ausencia de un compromiso serio, la falta de oración, son síntomas que muestran claramente que nuestro enemigo no está dormido, sino que obra incesantemente para arrebatar almas y arrancarnos de nuestros deberes. Este texto es un grito desesperado de Jesús a la Iglesia y a la humanidad, para que todos reconozcamos nuestra necesidad de vivir una verdadera y profunda conversión.

Los editores

DEDICATORIA:

A Su Santidad, Juan Pablo II,

**Con profundo respeto, gratitud, cariño y admiración...
Por enseñar heroicamente al Pueblo de Dios a llevar su
Cruz con amor cada día.**

A:

**Su Eminencia Rev. Antonio María Cardenal Javierre Ortas
Prefecto Emérito de la Congregación para el Culto Divino
y de la Disciplina de los Sacramentos.**

**Su Excelencia Rev. Mons. José Oscar Barahona Castillo
Obispo de San Vicente
El Salvador, CA.**

**Su Excelencia Rev. Mons. René Fernández Apaza
Arzobispo Emérito de Cochabamba**

**Su Excelencia Rev. Mons. Abel Costas Montaña
Obispo Emérito de Tarija**

**Su Excelencia Rev. Mons. Manuel Revollo Crespo
Obispo Emérito Castrense**

Con inmensa gratitud por su gran calidad humana, su sabiduría,

su sencillez, y su admirable vocación de Pastores y guías.

Rvdo. Padre Dr. Miguel Manzanera y García SJ.

Director del ANE- PROVIDA, Capítulo Bolivia

Rvdo. Padre Lic. Renzo Sessolo Chies SDB

Director Gral. Del Apostolado de la Nueva Evangelización ANE

con especial cariño y respeto por su extraordinaria paciencia para guiarme en este difícil camino.

A la memoria de:

**Su Eminencia Rev. Augusto Cardenal Vargas Alzamora
Arzobispo Primado de Perú**

S. E. Mons. Nino Marzoli

Obispo Auxiliar de Santa Cruz de la Sierra, Bolivia

A los Obispos, sacerdotes y a todas aquellas almas consagradas, hombres y mujeres, que en algún momento tuvieron una palabra de aliento para esta pobre pecadora.

Pidiendo al Señor los premie a todos abundantemente en el Cielo, donde, ansío llegar contando con la intercesión de sus oraciones.

Catalina

11 de enero de 2004

Día del Bautismo del Señor

Día de la Inmaculada Concepción

Me insta nuestro Señor a escribir este nuevo libro, cuyo contenido está basado en todo lo que me fue revelado durante casi dos meses y medio.

Por mucho tiempo no supe cuándo ni cómo debía comenzar a escribir este testimonio; aunque estaba segura de que lo haría en una fecha de gran importancia para la historia de nuestra Salvación.

Y resultó ser justamente hoy, cuando la Iglesia conmemora el día de la Inmaculada Concepción de aquella Mujer, que con Su "Sí" hizo que se cumpliera el mayor acto de Misericordia de Dios para con los hombres: la venida de nuestro Redentor al mundo.

Este pequeño libro contiene nuevas enseñanzas acerca de las Palabras de Amor y Sabiduría, de Abandono a la Voluntad del Padre en medio del más atroz dolor, de Piedad y Misericordia hacia la humanidad, de Valentía y de Donación al hombre.

Estas son las últimas horas de Jesús en la Cruz y que hoy son recreadas, con el objeto de que medites sobre ellas, que profundices y vivas junto a nuestro Salvador los últimos momentos de Su vida como Hombre, antes de retornar al Padre y enviarnos al Espíritu Santo.

A Este Santo Espíritu de Dios encomiendo nos guíe a través de estas páginas, suplicando Su asistencia y consagrándole mi pobre trabajo, para que de alguna manera pueda ayudar en la salvación de las almas.

"Cuando llegué al Gólgota, Me encontré con que acababan de crucificar a dos reos. Gritaban, se retorcían y Me inspiraban lástima, a Mí que estaba en peor condición física que ellos...", me había dicho el Señor al empezar mi meditación de aquel Primer Viernes. Pude ver cientos de personas, hombres que iban a ser crucificados, caminando lenta pero desesperadamente, gritando,

blasfemando; con los ojos llenos de terror y de odio, de deseos ciegos de venganza. No iban todos juntos, me daba cuenta de que eran escenas de distintos días y horas. Pero había un común denominador en ellos: todos eran condenados a la cruz, y casi todos decían las mismas palabras y proferían similares insultos y amenazas a quienes se habían convertido en sus verdugos.

En más de tres ocasiones vi que se acercaba uno o varios soldados a alguno de estos condenados y sacando un cuchillo o espada le cortaba la lengua para que se callase, y todo aquel camino hacia la muerte, se hacía aún más horrible y doloroso.

Apareció ante mis ojos la escena del Viernes Santo. Este condenado a muerte era distinto. Golpeado... mil veces más herido que cualquier otro, coronado con un casco lleno de espinas largas que habían destrozado su piel, incrustándose en su carne; lleno de sangre y polvo, afiebrado, temblando y con los ojos muy irritados por el sudor y las heridas; pero Su mirada estaba llena de paz, de piedad, de tristeza, y en ciertos momentos hasta se percibía en ella alegría, cuando volvía a Él la certeza de que ese sufrimiento salvaría a la humanidad de la muerte eterna.

Los otros insultan, maldicen, se retuercen. Él calla, no sale una queja de su boca, tan solo bendiciones y palabras de perdón. Contrariamente a lo que nos dirían los valores de este mundo, podía verse claramente que Él es el Gran ganador, el Vencedor de la muerte; sus verdugos son los pobres instrumentos del demonio, quien junto a Judas, es el gran derrotado.

Primera palabra:

Cuando le arrancaron la ropa, todos esperaban en absoluto silencio que Aquel Hombre se rebelara o que pidiera perdón, misericordia ante sus adversarios. Unos esperan eso, que Él se rebele o suplique el perdón para aquella sentencia. Otros esperan que, como Hijo de Dios que dice ser, le suplique a Su Padre que haga llover fuego del Cielo, para castigar a quienes lo maltrataron tanto. Parece haberse detenido el tiempo para ellos, sin embargo Este Hombre apenas mueve los labios: silenciosamente, reza...

Pero hay cuatro personas que esperan otra cosa: Juan, María Magdalena, María de Cleofás y la Virgen María. Y me parece que Jesús también espera algo distinto... También Él...

Esperan ver a aquellas personas que fueron sanadas por esas Manos que ahora están siendo traspasadas. ¿Dónde están aquellos que escucharon Sus enseñanzas en el Monte de las Bienaventuranzas? ¿Dónde, aquellos que recibieron el perdón de Sus labios? ¿Dónde están los hombres que convivieron con Él por casi tres años?... ¿Dónde están los que Él había resucitado en el cuerpo y en el alma?

Lo que veo me lastima y sé que estoy lagrimeando. Entonces escuché la voz de Jesús, que habló y me dijo que no había pensado únicamente en ellos, sino en toda la humanidad; en todos nosotros, los de ayer y de hoy, aquellos que, a pesar de haberlo conocido y recibido tantos beneficios de Él, un día habrían de darle la espalda: unos por cobardía, por temor a la persecución, otros por miedo a las burlas por aceptarse Cristianos, otros por comodidad, otros porque creen que todo lo merecen y su egoísmo no los lleva sino a pensar en sí mismos. La mayoría, por indiferencia, por tibieza o por incredulidad y falta de fe.

Entonces me repitió las Palabras del Evangelio: "...y no tengas miedo, pues no hay nada oculto que no llegue a descubrirse. Lo que te digo de noche, dilo a la luz del día y lo que te digo al oído, predícalo desde las azoteas..."

Por eso estoy aquí escribiendo, ayudada por Él, para que no esté entre aquellos a quienes Jesús se refiere con tanto dolor.

Habían terminado los soldados de colocar a Jesús sobre la Cruz. Hasta unos minutos antes, sólo se había escuchado el golpe de los clavos, primero amortizado por Su Carne virginal y luego secos, contra el madero. Él no contestaba, Él perdonaba, Él rezaba y el silencio crecía en las gargantas esperando las primeras palabras o los alaridos del crucificado.

Cuando levantaron la Cruz en alto, el llanto de las mujeres rompió el silencio y entonces comenzó nuevamente el horror: los gritos, los insultos, las burlas, los escupitajos, ¡El desafío a Dios, en ese preciso instante en el que se enfrentan el odio y el Amor, la soberbia y la Humildad, lo diabólico y lo Divino, la rebelión y la Obediencia a la Voluntad de Dios!

Jesús me miró, y fue como si Sus ojos claros me levantaran, me despertaran de mis despojos para sentir que me perdía en la profundidad de aquel dolor... Comenzó a hablarme nuevamente, Sus Palabras hacían eco en mi corazón, como si de pronto se hiciera un enorme agujero. Tristemente dijo:

“Fui sometido a un juicio en el que no tenían de qué acusarme, puesto que nada malo había hecho. Jamás hubo en Mi boca una mentira, y aún los falsos testigos que fueron convocados ante ese juicio infame, para hablar en contra de Mí, carecían de toda coherencia en sus testimonios. Mi único pecado y la causa de Mi condena a muerte fue el afirmar algo que no podía haber negado ante nadie, que era el Hijo de Dios.”

Calló y yo sentía que estaba quebrada ante aquel tormento moral y físico. ¡Cuántas cosas pasaban por mi mente en segundos! ¡Cuántos sentimientos que tal vez nunca podré explicar!

Poco después Su voz, con un tono varonil y calmo, con Palabras entrecortadas, despertó mi tiempo y escuché lo que tal vez nadie de los que allí estaban esperaba oír de labios de este condenado a muerte:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen...”



Todos quedaron mudos ante estas Palabras, muchos de ellos estremecidos por el impacto, acababan de reconocer ante Quién se encontraban.

¡Qué injusta ironía! Su sentencia fue por proclamarse Hijo de Dios. Porque osó llamar a Dios “Padre”, “Abba”, o amado Papá, “Papito”, como muchos diríamos hoy. Por eso lo han sentenciado... Y sin embargo está pidiendo a Su Padre, que tenga Misericordia para Sus verdugos.

Está pidiendo que ese grave pecado no les sea tenido en cuenta por Su Padre Dios. Y con este acto está dejando el mejor ejemplo de todo lo que transmitió en Sus años de predicación: Esta dando testimonio vivo, en los hechos, de lo que nos enseñó: Amar y pedir por los enemigos, por los que nos hacen daño.

Las Palabras que un día se oyeron de Sus labios en el Monte de las Bienaventuranzas, las estaba convirtiendo en hechos ahora, en el Monte llamado “Gólgota” o “de la Calavera...”

¡Cuánto había gozado satanás con la Pasión del Hijo de Dios! Sin embargo, si antes lo había hecho reír el dolor de Jesús, ahora con estas Palabras aullaba de ira, corriendo a meterse en aquellos monstruos que torturaban al Hijo del Hombre, a Aquel Hombre, por Quien “el ángel malo” o “diablo” fue echado del Cielo.

De este modo quería conseguir que la crueldad de los verdugos aumentase contra Jesús, al punto de desafiarlo y tentarlo a que se bajara de la Cruz. Ese hubiera sido el triunfo del demonio: que Jesús aceptara el desafío y con ello cayera en la tentación de la desobediencia y la soberbia.

El enemigo de las almas se retuerce de rabia porque se ha cumplido la sentencia: **el Hijo de la Mujer del Génesis, estaba pisando su cabeza contra el suelo al ganarnos la entrada al**

Cielo y no con espadas ni armas; no con tanques ni aviones de guerra, como se ganan las batallas en la tierra para justificar nuestras miserias, sino con un Hombre destrozado en esa Cruz...

Ese Hombre que, así como perdonó a Pedro, a la mujer adúltera, a la Magdalena y a tantos otros... de la misma manera pide perdón humildemente al Padre, para enseñarnos que la dulzura y el amor pueden más que la soberbia, que las humillaciones a los demás, que el látigo, la postura autosuficiente y la prepotencia.

Para enseñarnos que al noble, al sabio y al Santo se los reconoce por su sencillez y humildad y no por sus gritos o posesiones terrenas; por su calidad al aceptar el sufrimiento y no por hacer sufrir a los demás.

No, no hay Misericordia para Él. Pero Él sí pide Misericordia para ellos, para todos nosotros los hombres y mujeres, desde Adán y Eva hasta el último hombre que nacerá antes del fin del mundo.

Sabe que de este profundo dolor nacerá una Iglesia; ese es el grande y sabroso fruto -consecuencia feliz de la mezcla de agua y sangre que luego manará del Costado abierto- fruto de Amor de quien está dejando dos mandamientos en los que se resumen los diez dados por Su Padre también en otro monte: en el Sinaí a Moisés.

Si tú cumples esos dos mandamientos, se derramará sobre ti todo un río de Misericordia y serás salvado. Hay una sola condición para ganar esa Misericordia: "AMAR A DIOS POR SOBRE TODAS LAS COSAS Y AMAR A TU PROJIMO COMO A TI MISMO". Él no Ha venido a abolir las leyes de los Profetas, sino a dar cumplimiento de ellas. Toda Su vida no ha sido otra cosa que dar cumplimiento a las profecías que sobre Él se dijeron en tiempos anteriores. Desde Su concepción en el vientre puro de una doncella...

A los seres humanos nos ha costado tanto aceptar diez reglas a cambio de tanto Amor, de tantas bendiciones, del don de la vida, de la libertad de elección... que Dios mismo Ha decidido encarnarse en un vientre humano para demostrarnos que sí se pueden cumplir esos mandamientos.

Pero como nuestra miseria y egoísmo son tan grandes, Ha dado un paso más a favor nuestro, Ha decidido simplificarnos las cosas:

nos dice “Reconoce que tienes un solo Padre al que debes amar por sobre todas tus comodidades, por sobre todos tus seres queridos, por sobre todo el poder, el honor y el placer que te pueda ofrecer el mundo, y trata a los demás como si fueras tú mismo.”

“Ámalos **con el mismo amor con que te amas**, no menos. Respeta a los hombres y mujeres con el respeto y consideración que exiges de los demás. Sé capaz de dar todo lo que pides para ti y no hagas con los otros lo que no quisieras que hagan contigo...” Así de simple, así de sencillo, para que aún los niños y los que no son letrados, lo puedan comprender.

Yo sé que a este punto de tu lectura, hermano, sabrás que esto no va a ser fácil, no es empresa pequeña el despojarse de todo en favor de los otros: ¡Es heroísmo! De eso se trata precisamente la búsqueda de la santidad, y todo bautizado debe buscar el ser santo.

Si has tenido el valor de aceptarlo, no permitas que nada se interponga en tu camino. Vas a encontrarte con momentos en los cuales muchas circunstancias y demasiadas personas –queridas y no queridas, conocidas y desconocidas; de tu mismo credo y de otras religiones, de tu misma Patria y de otros pueblos- intentarán detenerte. Este es el momento en el que la virtud de la perseverancia es tan necesaria.

¿Cómo lo harás...? Tienes la certeza de que Jesús te ha dejado una Iglesia, para que te guíe cuando no sepas por dónde ir, te levante cuando estés caído, te perdone en Su Nombre; te acoja cuando busques albergue para tu alma, te forme con Su Palabra y te nutra con Su Cuerpo y con Su Sangre... Para que puedas convertirte en una prolongación Suya, en una diáfana manifestación de Su Presencia viva, para que irradies esa claridad y resplandor que es sello de quien es Testigo, de quien ha recibido los destellos de Su Luz y de Su Amor.

No pueden salvarnos nuestros méritos, porque no los tenemos ante la inmensidad de la Omnipotencia Divina. No vamos a salvarnos porque fuimos buenos padres, hermanos, hijos o amigos. Esa es nuestra obligación. Seremos salvados porque Jesús Fue, Es y Será el Amor y está a la espera de que así lo aceptemos. Este Amor, con Sus infinitos méritos Ha ganado el perdón para nosotros, lo Ha pedido a Su Padre desde la Cruz.

Muchas veces es tan grande el reproche de nuestra conciencia por

un pecado cometido, o por toda una vida de pecados, que no pensamos que Dios pueda perdonarnos, que ya nos ganó el perdón, clavado en la Cruz del Amor...

Jesús dijo que cuando pidamos el perdón de nuestros pecados durante la oración del Padrenuestro, recordemos que Él fue capaz de pedir el perdón para nosotros porque jamás sintió rencor contra nadie...

Sólo un alma sencilla y humilde es capaz de pedir perdón por las ofensas de los enemigos. Eso requiere de mucho valor y entrega, que es la fórmula para despojarse de los bajos instintos que buscan lo ordinario: la venganza, el hundir a los otros para tratar de sobresalir o al menos salir a flote uno mismo...

¡Ah, pero eso sí! Absolutamente todos, estamos obligados a perdonar las ofensas que nos hacen, en la medida en que queremos que Dios nos perdone.

Si decimos que “perdonamos pero que no olvidamos”, estamos pidiendo al Padre que haga lo mismo con nosotros. Si, por el contrario, de corazón perdonamos las ofensas que nos hacen y al rezar pedimos que Dios nos perdone, así como lo hacemos, entonces sí estamos en condiciones de suplicar que, al haber actuado con Misericordia, Dios nos otorgue Su Misericordia.

Jesús dijo después: “En Mi Corazón atormentado por el sufrimiento, hubo un sentimiento de piedad por otro ser que sufría cerca Mío: el hombre que estaba crucificado a Mi derecha, Dimas, llamado ‘el Buen Ladrón’. Me contemplaba con piedad, él que estaba también sufriendo.”

“Con una mirada aumenté el amor en ese corazón, pecador, sí, pero capaz de sentir piedad por otro hombre. Ese malhechor, ese bandido que pendía de una cruz fue otra Magdalena, otro Mateo, otro Zaqueo... otro pecador que Me reconocía como al Hijo de Dios... y por eso quise que Me acompañara en el Paraíso aquella misma tarde, para estar Conmigo cuando Yo abriera las puertas del Cielo para dar entrada a los justos.”

“Esa era Mi Misión y esa es la misión de ustedes: abrir las puertas del Cielo para los pecadores, para los arrepentidos; para los hombres y mujeres que son capaces de pedir perdón, de poner su esperanza en

la existencia de la vida eterna y colocarla junto a Mi Cruz...”

“Dimas, el Buen Ladrón a Mi derecha y Gestas, ‘el Mal Ladrón’ a la izquierda. El de la izquierda lleno de odio, el de la derecha, cambiado en un instante, al escucharme decir aquellas Palabras: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*.”

“Ese hombre, ante Mi Presencia serena, sufriente sí, pero no desesperada -la Presencia del portador de la Paz- sintió quebrarse muchas cosas dentro de él. Ya no quedaba lugar para el odio, no había lugar para el pecado, para la violencia, para la amargura.”

“Sólo un corazón bueno es capaz de reconocer lo que viene del Cielo y Dimas lo estaba reconociendo ante sí. Yo pedía perdón para quienes Me estaban crucificando, estaba clamando Misericordia para los pecadores como él y su pequeña alma se abrió para aceptar esa Misericordia.”

“Por eso, cuando oye decir a Gestas, el Mal Ladrón burlándose de Mí, que si Yo era el Hijo de Dios Me salvara y los salvara también a ellos, Dimas siente temor de Dios, sabe que la vida de ellos ha sido miserable, tan sucia que tal vez merecían un sufrimiento mayor del que estaban pasando.”

“Ese temor, ese reconocimiento de la Luz que brillaba frente a él, lo hace contestar: *“¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio éste, nada malo ha hecho.”*

En este punto, el Señor me permitió presenciar la mirada que Él cruzó con el Buen Ladrón. Una mirada de gratitud, una mirada de perdón, la mirada de un padre que se siente complacido con la respuesta de su hijo.

Hay una nueva escena ante mis ojos, y comprendo que Jesús me permite ver lo que estaba recordando, lo que había sucedido no mucho tiempo atrás, cuando Él comenzó a convivir con Sus discípulos... Veo a Jesús eligiendo a Sus seguidores. Uno a uno, los mira, profundamente, amorosa pero firmemente, con mansa autoridad, aquella autoridad que no es prepotencia, sino el fruto de una convicción ante la que nadie puede negarse, y los invita a seguirlo.

De aquellos días, dijo Jesús: "Quise que fuesen Mis discípulos, Mis hermanos, Mis amigos. Es uno mismo quien elige a sus amigos y Yo elegí a los Míos... ¡En cuántas oportunidades tuve que poner paz entre ellos para enseñarles el valor de la amistad! Aún hoy trato de enseñarles a los hombres el sentido comunitario y agápico de esta relación: amistad Conmigo y con los demás."

"Los amaba, no sólo como Dios, sino también como Hombre. Podía conversar con ellos, podía jugar con ellos, y de hecho, lo hice... Cuando bajábamos a bañarnos en el río, jugábamos echándonos agua, como niños. Tirábamos piedras, como en un concurso y festejábamos con aplausos y risas las piedrecillas que más velozmente y más lejos saltaban."

"Trepábamos a los árboles, como lo hace cualquier joven. Hacíamos carreras, subíamos a los montes para orar o para comer nuestra pequeña merienda. Compartíamos anécdotas y risas, como todos los hombres lo hacen cuando viven en comunidad, pero siempre concluíamos esos encuentros con una oración de gratitud al Padre, por permitirnos vivir aquellos momentos."

"Tampoco fueron pocos los días en que no teníamos tiempo ni siquiera para comer, pero siempre procuré hacer las tareas de ellos para que apreciaran el ejemplo. Mi alimento era hacer la Voluntad de Mi Padre, ese era Mi objetivo, Mi descanso, Mi felicidad..."

"Podía instruirlos y escuchar sus inquietudes, sus secretos, y aunque veía en el fondo de ellos, Me sentía feliz de que quisieran hacerme participe de su intimidad. A Mi vez, les di tanto amor, paciencia, instrucción, abrazos... Todo lo que puede darse a un amigo... Pero, no era suficiente, debía dar la vida por ellos y no dudé en hacerlo."

"Por eso estoy clavado agonizando en esta Cruz, por ellos, por todos ustedes..."

¡Dios mío, cuánto dolor y cuánto Amor!

Vi resbalar dos lágrimas de los grandes ojos de Jesús y hubiera dado la vida por secarlas con mis labios. ¡Tan dolorosas y llenas de Amor! Entonces comprendí que nadie merece las consideraciones de Jesús. No las merecieron Sus discípulos y amigos entonces, no las merecemos nosotros hoy.

Segunda Palabra:

Jesús estaba solo y en ese momento encontraba en Dimas todo el amor que habría querido encontrar en Sus Apóstoles. Aquel hombre hasta se había atrevido a defenderlo, mientras los otros, los que Él amaba, excepto Juan, cobardemente habían huido para no comprometerse y caer junto a Él.

Tal parecía que los suyos, en más de 2 años no habían sido capaces de creer verdaderamente en Sus Palabras, de lo contrario estarían allá, junto a Él.

Este hombre, Dimas, en unos minutos había creído en Su parte Divina, con oír de sus labios unas palabras, una súplica al Padre; había descubierto la **Verdad** y el **Camino** hacia la **Vida**...

Estaba viendo a Jesús agonizar, con la Paz de los que no tienen nada que temer, con la Esperanza de los que saben que hay algo en qué esperar. Dimas quiso creer en ese “algo” porque estaba frente a la Esperanza misma.

Con mucho cansancio por el esfuerzo y por el dolor, pero con la emoción de haber visto la Luz, pronunció las palabras que lo llevarían a la santidad: “¡Jesús, acuérdate de mí cuando estés en Tu Reino...!”

Esas palabras equivalen a las que hoy decimos en el confesionario “Padre, perdóneme, porque he pecado”

La noche anterior, mientras Jesús sufría el principio de Su Pasión para salvar a pecadores como cada uno de nosotros y como Dimas, el “buen ladrón” no sospechaba siquiera que saldría de su prisión insultado, escupido, repudiado, en calidad de “un maldito más”, para encontrarse con la Fuente del Amor Misericordioso. Ignoraba que al atardecer llegaría al Palacio del Rey de Reyes, del brazo del Príncipe de la Paz.

Y Jesús miró en ese malhechor al amigo. Porque amigo es aquel que confía en uno, que le entrega su confianza sin temores. Amigo es aquel que se apiada de ti en tus momentos de sufrimiento, no aquel que añade sal a tus heridas...

Amigo es el que quiere permanecer a tu lado y llegar contigo hasta

el final, sin escuchar los gritos de los condenados, de los que acusan, injurian, insultan y quieren verte morir de la forma más terrible, porque su corazón está lleno de crueldad.

Esa mirada de Jesús reemplazó el abrazo que ansiaba darle, así como hoy abraza a todo aquel que le confía y consagra su alma. En medio de Sus lágrimas y espasmos, sonrió y con una voz llena de ternura prometió:

“En verdad te aseguro que hoy mismo estarás Conmigo en el Paraíso”



Una vez más, Jesús tendiendo Sus brazos amantes al pecador; ensalzando aún por encima de los justos al que se arrepiente y humilla.

En efecto, no va a ser el más santo de los que hasta ese día murieron quien entre primero en la Gloria. Ni siquiera van a ser los Profetas y Mártires quienes ocasionen la “fiesta en el Cielo.” Es un ladrón, un asesino tal vez, un hombre repudiado por la sociedad... el primer Santo canonizado en vida y por el mismo Jesús: “San Dimas”.

Dicen que los polos opuestos se atraen: La pobreza cautiva al Señor, la miseria lo atrae, el pecador es Su gran desafío. Por eso se abajó hasta nuestra condición humana, para que unidos a Él nos liberásemos de toda atadura. Por eso, nuevamente se encuentran las dos orillas: de un lado las manos vacías del hombre y del otro, el Amor Infinito de Dios. Dos orillas tan sólo unidas por dos sentimientos, por dos actitudes: la humildad y la Misericordia, que juntas construyen siempre el puente de la salvación.

¡Dichoso tú, Dimas, que fuiste merecedor de la primera gota salvífica de la Sangre del Redentor, tan sólo por la fuerza de tu Fe y Su infinita Misericordia! Feliz tú, hermano mío, que no ocasionaste a Jesús la decepción que le proporcionan hoy muchos de aquellos que deberían reconocer Su voz y amarlo más.

Bienaventurado tú, Buen Ladrón, que fuiste capaz de olvidar tus sufrimientos, para compadecerte de otros.

Por eso mereciste la Gracia de que Dios mismo te diera la absolución, transformando tu pecado en hoguera resplandeciente del Amor Divino: porque fuiste valiente aún para dar una enseñanza a tu compañero Gestas y por tanto, desde tu cruz, estabas evangelizando, a ejemplo de Aquel a quien acababas de conocer.

Así pues Dimas estaba dando a su compañero, todo su patrimonio a la hora de la muerte; le ofrecía todo cuanto poseía: fe, una fe nueva pero firme; la esperanza en la Misericordia del Señor para obtener la vida eterna y la caridad, al invitarle a compadecerse con el Sufriente.

Ahora me pregunto y pregunto a todos mis hermanos: ¿Y nosotros, qué somos capaces de dar por este Amor que se entrega para salvarnos? ¿Tal vez lo que nos sobra...?

Y nos sentimos “generosos” cuando damos algunos alimentos o vestuario u otro tipo de ayuda material a quienes más la necesitan, pero... ¿Cuántas veces estamos conscientes de que es obligación nuestra el dar a nuestros hermanos algo más que pan y ropa?

No me cabe la menor duda, estas cosas son necesarias y mucho más en tiempos de carestía, de hambre o de dificultades, pero tendremos que tener presente que “no sólo de pan vive el hombre...”

Y si estamos conscientes de que las riquezas materiales, o el tener mucho qué comer y beber, no producen la felicidad verdadera en el hombre; que existe una permanente insatisfacción en los que viven en la lujuria, en la avaricia y otras concupiscencias de la carne...

Si aprendimos que la fama y los honores no nos conducirán a la verdadera felicidad, porque son glorias efímeras, transitorias...

Si comprobamos que no es imprescindible ni la salud del cuerpo, ni la risa grosera y el bullicio, ni las amistades únicamente mundanas, para vivir feliz de verdad....

¿Por qué no estamos llevando a Dios a nuestros hermanos, por qué no les estamos llevando Su Palabra, el Amor que hemos conocido, la Fe que nos hace testigos? ¡No nos damos cuenta de

la gravedad de nuestra omisión!

Dios ama a quien da con alegría. Dios cubre nuestras necesidades. Cuando damos con felicidad, con alegría, nuestra fe y nuestro amor, entonces estamos llenos, como un granero inmenso del cual otros podrán venir a recoger buen grano para llevarlo, a su vez, a los más necesitados.

Durante uno de los encuentros que tuvimos en estos días, al llegar a este punto Jesús me dijo: "El núcleo de Mi Mensaje fue esa felicidad de la que Yo gozaba y que era fruto del Amor y la entrega a Mi Padre y a ustedes, los hombres. Todo lo que dije e hice, fue para que de Mi profunda alegría se contagiasen también los demás; para que el gozo de Mis discípulos fuese verdadero y llegase también a su plenitud, como el Mío."

"Hija Mía –continuó el Señor- esta dura lucha que Estoy viviendo, con la carne lastimada que clama sus derechos, con las tinieblas que se ciernen a Mi alrededor y lejos de aquellos por quienes doy la vida, hacen que sienta una angustia de muerte, llevando en Mi Ser todo el Amor que siento por las criaturas que esperan redención. La angustia y la pena añaden dolor a Mi Cuerpo, cada vez más debilitado por toda esta sangre que se escurre por Mi piel a consecuencia de esta durísima prueba."

"Felices de ustedes, los que aceptan compartir Mis dolores y Mis amores; dichosos quienes aceptan voluntariamente esta comunión con Mis sentimientos más hondos, este compenetrarse con Mis deseos de entrega más profundos; este vivir Mi misma condición de crucificado en la extraordinaria lección que no se acaba nunca."

Tercera Palabra:

Mi Señor levantó un poco la cabeza como queriendo liberar Sus ojos de la sangre que entraba en ellos, para mirar una vez más a esos dos seres que tanto había amado y que ahora se quedaban como testimonio Suyo: Su Madre y Juan, el hermano, el amigo, el hijo... quien, tal vez por ser el más joven y el más puro entre los Apóstoles, se identificaba mejor con Jesús.

Precisamente Juan, después escribiría el Evangelio del Amor de Dios y hablaría de María, la Mujer del Génesis: la Madre del Hijo de Dios, la "Llena de Gracia", la perfecta colaboradora, discípula y a la vez educadora de Jesús. María, nuestra amorosa y dulce Madre.

Jesús me dijo en ese instante: "Cuando hablé en la montaña aquel día sobre las Bienaventuranzas, tenía a Mi Madre frente a Mí, escuchando atenta, aprendiendo... -Felices los pobres en el espíritu... Felices los puros de corazón... Felices los humildes y sencillos... Felices los que sufren y lloran... Felices los que son odiados y perseguidos por mi causa...- Y pensaba en todos los hombres que serían llamados Bienaventurados o Felices, tomando como modelo a María."

En ese momento, Ella se acercó más hacia la Cruz donde estaba clavado ese Cuerpo que era carne de Su carne. Sabiendo que quedaba poco tiempo, María le dice interiormente: "¡Hijo Mío y Señor Mío, llévame Contigo...!"

Jesús la miró con una ternura y un dolor inefables. Ahí estaba Ella, la Mujer del Génesis, la Mujer de las Bodas de Caná, la Mujer del Apocalipsis; la Mujer que había sido destinada, elegida, formada para ser Su Madre en la tierra...

Esa mirada de Jesús reclama de todos un respeto profundo y verdadera piedad por quien ahora está viviendo los dolores profetizados por Simeón en el Templo el día de Su Presentación... ¡Una espada está atravesando su alma!

Después de haber tenido la visión de ese momento, el Señor me dijo: "Mi Madre estuvo siempre destinada a ser la Mujer que con Sus sufrimientos Me ayudaría en la redención de los hombres... Deben

saber que aquel día, en la Boda de Caná, cuando le dije que no había llegado aún Mi hora, me refería precisamente a este momento: la hora en la que Me marcharía para que Ella continuase Mi Obra en la Iglesia que nacería de Mi Costado.”

“Quiso el Padre convertirla en Madre del “Fruto” de Su Amor, Yo quise convertirla en Madre del Fruto de Mi Pasión y Mi Cruz: Mi Iglesia. Madre de la Iglesia y Madre de los que creen en Mi Nombre y se hacen Hijos de Dios.”

“Esta Mujer, que habiendo dicho Sí a la Voluntad del Padre cuando le fue anunciada Mi Encarnación, que toda Su vida no fue otra cosa que un ‘Sí’ al Divino Querer, va a convertirse ahora en la primera cosechadora del fruto del grano de trigo muerto. Y para ello tendrá que ser igual a Mí en Misericordia para con el mundo.”

“Ya lo ves, pequeña nada, ahora contemplando este momento puedes comprender con mayor facilidad por qué el sufrimiento humano tiene sentido cuando es sobrellevado por amor, queriendo dar cumplimiento a la Voluntad Divina; y es que el mayor dolor, por intenso que sea, no mengua la felicidad en el corazón de alguien que se dulcifica con el mayor Amor”

“La verdadera felicidad radica en el amor a Dios y como consecuencia a los hombres. Un amor que es donación generosa, capaz de dar la misma vida por agradar al Padre.”

“Ha Llegado Su hora y Mi hora: Yo vuelvo al Padre, pero Ella deberá quedarse y suplicar como Yo suplicaba para que no se pierdan los Míos. Debía decirle, debía recordarle que era la Mujer del Génesis, que si bien Nuestros Corazones se estaban desgarrando de dolor, Yo debía marcharme y Ella quedarse para que se cumpla la sentencia de Dios: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar” (Gen 3,15)

“Di a todos Mis hijos que postren su corazón ante esta meditación, porque es uno de los momentos más culminantes en la historia de la salvación del hombre. ***Voy a encomendar la humanidad a la que será ‘Medianera’ entre el hombre y Yo.***”

“Ha llegado la hora del Génesis, la hora de completar el milagro iniciado en Caná. Es el momento en el que debo pedirle que adopte a Juan y en él, que adopte por hijos Suyos a todos los hijos de Dios, a todos Mis hermanos. Mi camino se transformó en Su camino, y deberá beber hasta la última gota del cáliz amargo del sufrimiento: Está entregando a Su Hijo por cumplir la Voluntad Divina y deberá convertirse en Madre de la humanidad; pero luego la humanidad, representada en Mi Iglesia, repetirá Sus laudes y Su gloria resplandecerá cuando el Universo se incline ante la Reina de todas las virtudes.”

“Es preciso que nuevamente Su Corazón Inmaculado se abra a la Voluntad Divina y Su obediente Amor sea más fuerte que Su humilde Dolor... Ella debe recordar que es la Mujer de ayer, de hoy y de mañana: Antiguo Testamento, Evangelio y Apocalipsis...”

“Es preciso que Ella tenga un nuevo parto:”

“Mujer, ahí tienes a tu hijo... Hijo, ahí tienes a tu Madre...”



Nuevamente la Virgen Ha obedecido, Juan se arroja en Sus brazos llorando y Ella, muy agotada por la tristeza, pero digna, Señora como siempre, majestuosa en su sencillez, que no necesita de artificios para mostrar su hermosura...serena y dulcemente abraza a Juan.

Sabe que el parto llegó nuevamente para Ella. Sabe que este parto es muchísimo más doloroso que el otro. En el primero, se le encomendaba al Hijo de Dios, al Santo, a un niño puro como Ella que le traería alegría, sabiduría, risas y bendiciones en cada uno de Sus besos.

En este otro parto se convertirá en Madre de la humanidad entera y muchísimos no sólo no querrán reconocerla, sino que la ofenderán. Otros, por atacar a la Iglesia de Su Hijo, la llamarán “demonio”, cuando Ella venga una y otra vez a la tierra en busca de las ovejas perdidas que ama el Pastor.

En el primer parto, Sus brazos acunaron una hermosa criatura que en Su carne fresca, tierna, recibía los besos dichosos de una joven Mamá. Ahora Sus brazos recibirán a Su Hijo muerto, torturado y ensangrentado por salvar a hombres miserables, que por culpa de sus pecados lo dejan así, irreconocible, como un día había sido profetizado por Isaías.

Sabiendo todo esto y viendo a Su Hijo en ese estado, moribundo, oyéndolo... obedece y consiente en adoptar como hijos suyos a todos los hombres, también a los malhechores, a las prostitutas, a los ateos, a los asesinos, a los ladrones, a los mentirosos, a los que sucesivamente y por todo el tiempo que dure la vida en la tierra, irán ofendiendo, combatiendo y negando a Dios.

Nos recibe a los de ese y a los de este tiempo, y con ello viene el parto: Acaba de dar a luz a la Iglesia de Su Hijo. **Así como un día el Espíritu Santo depositó en Sus purísimas entrañas al Verbo para traer la salvación al mundo, hoy el Hijo deposita en Su Corazón Inmaculado a la humanidad, para que en Ese Recinto sagrado pueda hallar refugio el pecador que quiere salvarse.**

No, no es fácil lo que le encarga el Señor y Ella lo sabe porque Dios la colmó de dones; pero además, le regaló el Don de ser la “Omnipotencia Suplicante”. Ese don que consiste en la súplica permanente fue, y aún es hoy, la llave secreta para abrir el Corazón de Jesús.

El Señor me dijo: “Ella sabía que tendría que suplicar por cada uno de ustedes y deberían aprender de María... De niño Yo seguía Sus pasos, para que después Ella siguiera los Míos. Fue tan íntima Nuestra unión, tan perfecta, que sentía todos Mis sentimientos y conocía todos Mis pensamientos, porque en Mi Santo Espíritu, del cual estaba llena, todo le era conocido. Así es como Ella estaba en Dios y Dios estaba en Ella. Por eso Su vida era silenciosa y orante.”

“El hombre de hoy, cuando encuentra dificultades en la vida, reflexiona, vacila o discute, en lugar de rogar. Muchas veces el

demasiado reflexionar sobre los problemas es una huida a lo imaginario, mientras que la verdadera oración es siempre el retorno a lo real.”

“Cuando Mi Madre se encontraba en una situación difícil, no se ponía a reflexionar y a planificar, sino que oraba. Por eso podía donarse en una forma total, porque súplica y donación están íntimamente unidas.”

“La súplica de María tiene el valor del regalo que Dios espera de ella: es el mayor regalo, la manera más perfecta de darse. La súplica no es verdadera, no es pura, deja de ser cristiana, si no es una manera de darse.”

Contemplo nuevamente a Jesús y me viene a la memoria el Salmo 22, 16-17, que dice: “Seco está como un tejón mi paladar, mi lengua está pegada a las fauces, y me has echado al polvo de la muerte. Me rodean como perros, me cerca una turba de malvados, han taladrado mis manos y mis pies...”

Qué madre, frente a algo tan atroz como el ver a Su Hijo crucificado, habría podido soportar tal sufrimiento? Contemplé a la Virgen y sentí tanta piedad que el amor por Ella iba creciendo en intensidad, en respeto, en admiración. Pensé que Su espíritu, a pesar de tanto dolor, albergaría la esperanza en la Omnipotencia Divina, pero Su humanidad sufría profundamente esa enorme prueba.

Recordé una meditación del Vía Crucis que recita una parte del Cantar de los Cantares: *“Buscaba al amor de mi alma, lo busqué y no lo encontré. Me levanté y recorrí la ciudad por las calles y las plazas, buscando al amor de mi alma. Lo busqué y no lo encontré... Me encontraron los centinelas, que andaban de ronda por la ciudad. ¿Han visto a mi amado? Apenas los había dejado cuando encontré al amor de mi alma.”*

Recordé también al Profeta Jeremías que dice: *“... Ustedes que pasan por el camino, miren, fíjense bien si hay dolor semejante al dolor con el que el Señor me ha herido...”*

Años atrás Jesús, al revelarme lo que sucede durante la Celebración de la Eucaristía, había dicho que ninguna Madre alimentó nunca a su hijo con su carne y que El sí había llegado hasta ese extremo del Amor dándonos como alimento Su Cuerpo y

Su Sangre.

Ahora, al contemplar ese Cuerpo del cual colgaban lonjas de piel y carne, apreciaba exactamente lo que quiso decirnos, y mi corazón se sintió tan culpable, que pedía dejar de latir en ese momento para no sufrir lo que estaba yo sufriendo. ¡Imaginemos lo que estaría sintiendo en ese momento la Santísima Virgen!

Hoy, cuando comprobamos cuánto se ha degradado la mujer, pisoteando su pudor, para entregarse desvergonzadamente a la mirada sucia de tantos hombres...

Cuando vemos a todas esas jóvenes que se vanaglorian de exhibirse en fotografías desnudas porque están orgullosas de que sus cuerpos, a veces perfectos en belleza, hayan sido elegidos para mostrarse cual barata mercancía, o como si fuera carne fresca colgada de ganchos en los mercados...

¿Es que no se nos ocurre pensar, ni queremos creerlo, que ese cuerpo es **TEMPLO Y MORADA DEL ESPIRITU SANTO...**?

Nuestro amor debería admirar más la pureza de María. No debería ser tal o cual modelo la que inspire a nuestras hijas, porque la carne es carroña que se pudre y la belleza más grande se envejece para acabar convertida en polvo.

Todas las mujeres deberíamos tener como modelo a María, imitar Su pureza, Sus delicados y auténticos movimientos realizados siempre con aquella femineidad y sobriedad que da mayor Gloria a la Creación de Dios y no entristece al Espíritu Santo.

Y es que lamentablemente muchas mujeres, al convertirse en entes que se mueven por el mero instinto y el puro afán de seducción, con ademanes que de tan exagerados resultan groseros, terminan por atentar contra la misma estética que supuestamente buscan.

No podemos convertirnos en piedras de tropiezo, pues un día deberemos rendir cuentas a Dios por cada uno de los hombres que a causa de nuestro impudor pecaron, ya que no es tan culpable aquel que peca mirando como aquella que se descubre incitando al pecado.

Que Dios se apiade de nosotras, las mujeres que no tuvimos el interés de reconocer a María, la Llena de Gracia, como un posible modelo a imitar.

“¡Oh!, ustedes, por quienes He dado Mi vida, Tienen ahora una Madre a la que pueden recurrir en todas sus necesidades. Los He unido a todos con los más estrechos lazos, al darles a Mi propia Madre.”

Cuarta Palabra:

La enseñanza de Jesús en este momento consistía en mostrarme Su Rostro y dejarme ver que estaba muy pálido, detrás de ese baño de Sangre. En ese momento el cielo empezó a oscurecerse, hasta ponerse casi como si fuera de noche, era como si hubiera un eclipse.

Los oscuros nubarrones presagiaban tormenta, decenas de relámpagos zigzagueaban en el horizonte y truenos muy fuertes retumbaban haciendo temblar la tierra.

De pronto aparecieron centenares de Ángeles alrededor de toda la escena. En un movimiento conjunto, perfectamente sincronizado, todos ellos se postraron para adorar a Jesús, con las manos juntas y en silencio, mientras sus brillantes rostros reflejaban una profunda tristeza. Él Tenía la lengua y los labios muy secos, pastosos. Nuevamente Su voz adquirió un matiz cansado, como si le costara hablarme, y me dijo: "Contempla esta escena, querida Mía y aprende que los Míos no pueden marchar sin cruz por la vida."

"Ve y dile al mundo lo que estás aprendiendo, y si quieren callarte, grita más fuerte todavía, por la fuerza del amor que te une a Mí, como unidos están estos dos maderos para formar un instrumento de salvación para el género humano."

"Di a las almas consagradas, que la cruz que llevan, no es únicamente para que adorne su pecho o los identifique superficialmente Conmigo. Primero deben revestirse de ella, aprender a 'acomodarse' en ella, en lugar de huir de ella. Diles que no pueden ambicionar el Tabor si no han pasado antes por el Gólgota; que aquí, en la Cruz, es donde aprenderán la caridad, la humildad, la pobreza de espíritu, la templanza en todos los actos de su vida."

"Asegúrales que Yo doy prueba y testimonio de que, desde la experiencia de la cruz, se puede vencer fácilmente al demonio. Contéplame: Soy verdadero Hombre, en el cual la carne manifiesta sus limitaciones, y verdadero Dios al demostrarles la fuerza implacable del Amor agápico."

“Oren por aquellos que no conocen de sufrimientos, porque de cierto, no están entre los Míos... Observa a estos dos condenados que Me flanquean y medita acerca de las formas en que los hombres llevan sus cruces.”

“Unos la llevan con rabia, con rencor, en medio de mucho pesar. Quien carga una cruz en semejantes circunstancias y con esos sentimientos, de hecho carga una cruz que no tiene sentido, puesto que en lugar de acercarlo, lo aleja de Mí. Por lo general esa es la cruz de aquellos que se niegan a comprender el sentido del sufrimiento que adquiere dimensiones sobrenaturales. Esa es la cruz que tiene el ladrón de Mi izquierda: es la cruz que siempre será pesada y que nunca podrá redimir.”

“Dimas, a Mi derecha, acepta su cruz con resignación, y hasta con dignidad, asumiéndola primero, porque no le queda más remedio. Pero de pronto, cuando Me reconoce y sabe que Soy el Hijo de Dios, acepta esa cruz reconociéndose pecador y pidiendo que a través de ella, la Misericordia se acuerde de Él.”

“Finalmente, Me tienes a Mí aquí, frente a ti. Abrazado a Mi Cruz redentora, para enseñarles a cargar la suya. Los invito a ser corredores Conmigo, reparando sus propios pecados y los de todos los hombres. Sepan que esta forma de cargar la cruz se refleja en su conducta, cuando frente a ustedes tienen contrariedades y dolores y a través de ellos se acercan a Mí, y sacan utilidad de ellos para testimoniar ante los hombres; cuando abrazan su cruz y desde allá pueden sentir que lo único que desean es fortaleza, porque la sed de almas los abrasa a ustedes.”

“Tengo Sed...”



“Sí, tenía la boca y la lengua secas, estaba deshidratado y la fiebre Me quemaba, por eso tomaron una lanza y con un estropajo, pusieron en Mis labios hiel y vinagre, para burlarse aún más cuando se Me ampollase la boca.”

“Cuando dije tengo sed, aún tenía la vista fija en Mi Madre, en Juan y un poco más allá, en la mujer pecadora que ante semejante visión, ni siquiera se sentía digna de acercarse para tocarme compadecida. Tal era el sentimiento de culpa que la embargaba, que se limitaba a

llorar mirándome con impotencia. ¡Bendita Magdalena, que permaneciste al pie de Mi Cruz dejando que tus lágrimas se mezclaran con la Sangre redentora que iba cayendo en tierra!”

“Por tu amor y tu dolor fuiste redimida y premiada con Mi primera aparición ante los hombres. Por haber amado tanto, tus pecados fueron lavados y quiso el Padre premiar tu conversión y tu sacrificio, colocándote en los Altares junto a Mi Madre y a Juan, para que todos los que se creían “justos y sabios” se inclinasen luego ante la que condenaban, y así se cumpla el Magnificat de María al decir que Dios “enaltece a los humildes” y que a los “hambrientos los colma de bienes”.

Entonces Jesús empezó a explicarme los motivos y los sentimientos que lo inundaban cuando dijo: “Tengo sed”, y todo va muchísimo más allá de lo que uno puede imaginar. Jesús no dijo: “agua”, que hubiera sido lo más fácil y práctico, si de verdad hubiese querido beber. De hecho, Él ni siquiera pensó en agua, porque estaba diciéndonos **que tenía sed de nosotros, sed de almas, sed de que entendiéramos todos, el infinito valor de aquello que estaba sucediendo.**

Quien ha sentido alguna vez verdadera sed... sed de ingerir líquido, sabe lo que eso significa... Invito al lector a que lo pruebe alguna

vez, con la prudencia necesaria y ofreciéndoselo al Señor...

Dentro de las necesidades humanas, quizás la sed sea la más apremiante, y mucho más aún en situaciones de fatiga extrema... Pienso que fue precisamente por eso que el Señor lo dijo... Quien tiene sed no puede esperar para satisfacerla, es un ansia que devora...

Jesús tenía sed de vernos unidos en torno a Sus enseñanzas, tenía sed de ver una Iglesia unida y no dividida, "porque en este grupo hay mejores cantos o los predicadores hablan más bonito y en un lenguaje más moderno que los otros..."; "porque estos trabajan con ese padrecito y esos otros con aquel..."; "porque este grupo es muy pietista, en cambio el otro se identifica más con los pobres..."; "porque aquí no se me da el espacio que merezco y allá sí..."

Tenía sed de ver a todos los que proclamamos a Cristo como Salvador nuevo, unidos por el amor y no separados por los intereses mezquinos, egoístas, y materiales. Quería que aquellas Bienaventuranzas proclamadas con toda la fuerza y la dulzura de Su Corazón un día, como el único camino de salvación para los hombres, hicieran carne en los nuestros. Tenía sed, en fin, de vernos ayudándonos, de hombre a hombre, de comunidad a comunidad, de parroquia a parroquia, de apostolado a apostolado, no compitiendo ni destruyéndonos como si fuésemos enemigos políticos que van en busca de un botín.

Tenía sed de ver a Sus Obispos y sacerdotes uniendo, edificando, derramando Misericordia, ayudando, apoyando, aconsejando, alentando a los pecadores laicos, que muchas veces no sabemos por dónde empezar a trabajar, porque nos ponen cargas que muchos de ellos no pueden levantar, con todo el camino que llevan recorrido, supuestamente tratando de crecer en la Fe.

"Quería gritarle al hombre que venga tal como es y que beba de Mi sed, de esa corriente de dolor que nació del Amor mismo. Tenía sed de ver que todos los niños tuvieran un hogar feliz, no un padre o una madre alcohólica. Tenía sed de ver niños mentalmente sanos, sin traumas por haber visto violada su intimidad y su inocencia. Tenía sed de ver a esos pequeños que amaba tanto, con deseos de construir un mundo mejor, y conociendo los valores evangélicos."

Jesús tenía sed de los jóvenes que habrían de entregarle su vida renunciando al mundo, y de aquellos que estando en el mundo proclamarían la Buena Nueva, desde el lugar que libremente hubieran elegido.

Cristo tenía sed de mujeres que, tomando como ejemplo a otras santas mujeres, edificásemos –comenzando por la Iglesia doméstica- una sociedad más justa y con valores morales; enseñando a nuestros hijos y a los ajenos a tener a Dios como principio y fin de nuestro paso por la tierra.

Jesús tenía sed de almas, de todas las almas por las cuales estaba derramando hasta la última gota de Su Sangre. Desde lo alto de la Cruz, miraba tus pecados y los míos y gritaba a la humanidad: “Tengo sed de esta alma...” “Esta es el alma por la que estoy sufriendo tanto, tengo sed, tengo hambre, tengo necesidad de ella para poder aplacar este calor que Me ocasiona la fiebre de las heridas, que al infectarse han lesionado Mi humanidad...”

“Tengo sed de oración, de paz en las familias, en las comunidades, en el mundo entero; sed de saber que todos responderán a Mi llamado un día; sed de almas generosas que se ofrezcan como “Pararrayos” de la justicia Divina, para salvar a las otras almas...”

Tengo sed de ti, hija Mía, de tu ayuda, de tu perseverancia. Pero, cuidado con los lobos vestidos de ovejas. Si ves que, quien trata de detener tu paso es un comerciante, ten mucho cuidado, No vaya a ser que quiera cambiarte la Cruz que te he dado por una corrupta y pretendida sabiduría.”

Silenciosamente continúa tu camino, aunque con mucha cautela, abrazando con mayor fervor el madero que pesa sobre tus hombros, y sigue las huellas de Mi Sangre para que te dirijan siempre hacia Mí... Y si alguno de tus verdugos comienza a golpearte de frente, no te cubras la cara contra el insulto o el golpe, ni trates de defenderte... Ofrécele también tus espaldas, para que el mundo te reconozca Mía por tus heridas, porque te aseguro que quienes te golpeen serán los mismos que Me golpearon a Mí. ¡Alégrate por estar entre los que pertenecen a Jesús!”

Esa sed que tenía Jesús era Su testamento, dejándonos todos

Sus méritos a nosotros, los pecadores, para que en virtud de ellos nos salváramos. Jesús tuvo sed incluso de aquellos ateos y apóstatas que veinte siglos más tarde dirían que el demonio y el infierno no existen; que la Eucaristía es sólo un símbolo, una conmemoración; que Él, siendo Dios, no sintió los dolores de Su Pasión y que por ello no sufrió lo que hubiera sufrido cualquier otro hombre; que se exagera cuando se pintan retratos de un Cristo “demasiado sufriente”; que el Cristo histórico es distinto del Cristo idealizado por la devoción popular; que Jesús no puede hablar ya a los hombres porque en Su tránsito por esta tierra lo Ha dicho todo...”

¿Y si no sabemos escucharle? ¿Si hemos perdido la capacidad de asombrarnos con las enseñanzas del Evangelio, de solidarizarnos con ese Cristo sufriente, y de aprender a amar a nuestros hermanos...?

Jesús tenía sed de ver cristianos que se comprometieran a trabajar por difundir el Reino de los cielos en el corazón de los hombres. No quería nuestra cómoda mediocridad de “asistentes a Misa el domingo” y nuestra “membresía” a algún “Apostolado” como si se tratase de la filiación a un club, para entablar mejores relaciones sociales y de paso tratar de mitigar el peso de nuestras conciencias.

Cristo nos veía desde Su eternidad y sentía sed, verdadera y acuciante necesidad de sacudirnos, para despertarnos del cómodo letargo de la tibieza espiritual en que caeríamos la mayoría de nosotros, los supuestos “buenos católicos”.

Esos y otros miles de motivos más, que alcanzarían para llenar centenares de páginas, fueron los que llevaron a Jesús a decir: “Tengo sed”.

Quinta Palabra:

Tenía el rostro muy pálido, deformado todo el lado izquierdo, con el ojo casi completamente cerrado por la hinchazón de la mejilla y el párpado...-¡Tan brutal había sido el golpe recibido que le había abierto el pómulo, que era como una boca que dejaba ver la carne del Hijo de Dios!...

Jesús no abría los labios, pero yo lo escuchaba; escuchaba esas Palabras que, dirigidas al Padre, eran mezcla de amor, gratitud, resignación, impotencia, dolor y mansedumbre... Yo sentía que se me partía el corazón de pena.

“¡Padre Mío, mírame...! como un sol eclipsado por voluntad propia, Me Has dejado beber el amargo cáliz de la gélida noche del espíritu, y Te doy gracias por ello.”

Luego se dirigió a mí diciéndome: “En este profundo dolor que va oscureciendo Mi vista, hasta el punto de que no puedo ya ver claramente a estos seres que amo y que permanecen al pie de Mi agonía, Sé que el Amor Ha vencido, que vencerá por siempre.”

“Ya lo ves, parece que no había sido suficiente haber pasado por este mundo haciendo el bien a todos. Llegué hasta el extremo del amor. Hice vida aquello que había predicado antes: “Nadie tiene amor más grande que el que da la propia vida por sus amigos”. Y yo di también la Mía por Mis enemigos, por aquellos que Me estaban crucificando..”

“Precisamente por ese amor sin límites, en medio de Mi insondable sufrimiento, no perdí la confianza en Mi Padre, sino que Me invadía una dicha inmensa al saber que estaba cumpliendo Su Voluntad y demostrando así Mi Amor a Él y a los hombres.”

“Señor, Señor... ¿Por qué Me Has abandonado...?”



El Señor me regaló la Gracia inmensa de poder contemplar también ese momento. Sucedió así:

Estaba yo en oración con los ojos cerrados, frente al pequeño altar de mi cuarto de trabajo, donde tengo un crucifijo, una imagen de la Virgen, y una pequeña cajita con las reliquias de algunos santos. Abrí los ojos y frente a mí había otra cosa: No estaba más aquel lugar, sino que veía un cielo oscuro que relampagueaba, con truenos fuertes, y tres hombres crucificados.

La imagen se acercó hasta casi tenerla a una distancia que parecía de dos metros desde donde yo estaba y solamente tenía a Jesús agonizante frente a mí, tan cerca que estiré la mano, pero al constatar que no llegaba, comprendí que era otra visión.

Jesús jadeaba, y pude ver que hacía esfuerzos por aspirar aire. Esto bien lo conozco por haberlo vivido tantas veces... Sus ojos estaban desorbitados, la boca tan seca que cada vez se le dificultaba más el modular las palabras.

Comenzó a sollozar y las lágrimas ensangrentadas corrían por sus mejillas heridas, cuando mirando al cielo dijo: “Eli, Eli...lama sabactani...” Señor, Señor... ¿Por qué Me has abandonado?

No pude soportarlo y rompí en un sollozo, con un llanto que pocas veces había derramado en mi vida. Entonces escuché internamente Su voz:

“Hijita, hay muchas páginas escritas acerca de estas palabras, que parecieran dar a entender que únicamente sentí el abandono de Mi Padre en ese momento, como Hombre. Esto iba mucho más allá. Recuerda que desde la Cruz veía todos los tiempos venideros y a todos los hombres y mujeres que sufrirían: unos porque se fabrican

cruces propias, otros porque se las imponen sus hermanos, quienes no pueden llevarlas...”

“En ese grito reclamé el abandono del Vía Crucis de toda la humanidad. Sentí en Mis propias llagas las infinitas llagas de todos los cuerpos que serían torturados por el hambre y la miseria. Millones de voces se unían a la Mía para decir: ‘Señor, Señor... ¿Por qué me has abandonado? me estoy muriendo de hambre, cuando hay personas que se enferman de gula... ¡Mi vida es un ayuno continuo y forzado, mientras hay personas que no saben en qué consiste el ayuno y se dicen cristianos...!’

“Sentía las heridas que son consecuencia de la injusticia y la crueldad que sufrirían los crucificados de todos los tiempos en el destierro, en los campos de refugiados; el dolor de las llagas de los encarcelados, rechazados y despreciados por la misma sociedad que los llevó a ese lugar con su egoísmo...Y esas voces desde el silencio se unían a la Mía diciendo: ‘Señor, Señor... ¿Por qué me has abandonado? Tú no creaste fronteras, Tú no hiciste cárceles, Tú no querías una sociedad de pocos ricos y otra con multitudes de marginados...’

“En Mis brazos y piernas sentía el dolor que siente un minusválido, y en la cabeza, las espinas Me enseñaban lo que sufrirían los deficientes o enfermos mentales, a quienes, muchas veces, hasta sus propios familiares humillan con su rechazo. El grito de estos seres se unía al Mío: ‘¿Por qué, Padre, permites que se rían de Mí, que me marginen, que me encierren, si no tengo yo la culpa de estar en este estado...? ¿No piensan que ellos podrían un día estar como yo y sentir lo mismo?’

“Sentía en Mi pecho el dolor que siente un anciano cuando es olvidado por los suyos, por los propios y extraños; cuando es abandonado en un asilo, a merced de miradas y manos ajenas, porque ya sus manos no son capaces de trabajar para dar de comer a los suyos, o porque las nuevas y elegantes amistades de sus hijos y nietos, no podrán entender las limitaciones de una persona mayor.”

“Están cansados ya de prohibirle que hable, para que no diga cosas ‘impropias’, porque la memoria ya no le funciona... En algunos casos, ‘piadosamente’ se compadecen de ellos y los asesinan ‘para que dejen

de sufrir' y entonces sus voces se unían a la Mía para decir: 'Señor, Señor, ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué permites que me tiren a la calle aquellos a quienes enseñé a caminar un día? ¿Por qué permites que los demás, quienes pasan por mi lado, sientan asco de mi pobreza, mis sucias vestimentas y me humillen, haciendo gala de su juventud y su riqueza? ¿Por qué este hijo mío quiere que me apliquen la 'Eutanasia' para acortar mis días y aumentar su condena en los infiernos?'

"Sentía en la piel el ardor de todos aquellos que serían marginados por pertenecer a determinada raza, y por lo mismo serían obligados a ubicarse en la misma condición de un perro al que se le limita el paso a determinados sectores de la casa. Sus voces, llenas de impotencia y de dolor clamarían junto a la Mía: 'Señor, Señor... ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué permites que otro hombre, tal vez más pecador que yo, tal vez más infiel, quizá menos inteligente, con instintos más parecidos a los de las bestias que a los nuestros, se rebaje de su condición de Hombre y me rebaje de mi condición de ser humano porque no tengo la piel como la suya?'

"Sentía la angustia de todos aquellos hombres y mujeres que en el momento de su muerte se encontrarían con que 'se habían equivocado'; con que su vida fue una pérdida continua en el pecado, en los placeres y en la negación de Dios y su condenación sería inminente... ¡Por una eternidad de eternidades, a cambio de haber vivido a su antojo durante 'x' años! ¡Oh, dolor !..."

"Pero también sentía el dolor de aquellos cristianos que en el momento de su muerte se encontrarían con que estaban en lo cierto: que habían creído, se habían alimentado y habían vivido, supuestamente 'como buenos cristianos', es decir, cumpliendo muchas cosas, pero omitiendo otras tantas, como el llevar ese su conocimiento a los demás, el pensar egoístamente en salvarse a sí mismo pero desentenderse de lo que pase con el vecino, que vive sin conocer nada de Dios. ¡Y la justicia es para ambos grupos: para los que no quisieron conocer a Dios y para los que no hicieron nada por llevar la fe, por ser portadores de la esperanza para los demás!"

"Sentía en cada centímetro de Mi Cuerpo el dolor de cada niño asesinado en el cuerpo de su propia madre. Y su inocencia se unía a

Mi grito de impotencia humana: ‘Señor, Señor, ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué permites que esta mujer que podría acunarme en sus brazos para calentar mi pequeño cuerpo me condene a no ver la luz terrena y se condene para no ver la Luz del Cielo?’

“Así, contemplando Mis heridas y las heridas de la humanidad pensé en Judas y en todos los traidores y también en todos los que serían traicionados por sus amigos, vendidos por 30 monedas del infierno: Por una situación económica mejor; a cambio de mayor poder, para dejar salir a flote su soberbia; por envidia que solo puede aplacarse con buscar el desprestigio de la persona envidiada; por ambición de poseer lo que no se posee...”

“Y entonces sentí el grito de aquellos que sentirían el beso del traidor en su mejilla, como una baba maloliente, como sentí el beso de aquel que un día fue Mi querido hermano. En ese momento grité con todas Mis fuerzas: ‘Señor, Señor... ¿Por qué me has abandonado...?’ ”

“El atributo más admirable en el hombre, con respecto a otro hombre, es la capacidad de sentirse ‘amigo’, al punto de poder recibir de él un consejo o una llamada de atención con amor, sabiendo que con amor también uno se lo daría; al punto de poder corregir al amigo y decirle: no por ahí, hermano, porque te vas a equivocar; al punto de entenderse ambos con una mirada, con una sonrisa, y apoyarse con un apretón de manos que quiere decir: ‘aquí estoy, puedes contar siempre conmigo’.”

“Amigo es aquel que se incomoda, que se priva de algo o de muchas cosas para ofrecértelas. Amigo es aquel que es capaz de privarse de sus horas de descanso para trabajar por ti. Amigo es aquel que puede en un momento renunciar a la comodidad de su casa para hacer que te sientas cómodo, querido y apreciado. Amigo es aquel que deja su tierra para ayudarte a salvar la tuya. Amigo es aquel que te confía sus penas y alegrías, que siempre es transparente para ti y que siempre te llevará hacia un crecimiento en la fe y en el amor a Dios. Amigo es aquel que edifica, que une, que reúne... no el que destroza, destruye, derriba para sentarse encima de los escombros. Amigo es aquel que da la vida para salvarte... como lo hice Yo.”

“Y porque Soy amigo de los hombres, cada una de las heridas que

sufren los Míos ocasiona Mi compasión y Me obliga a buscar la medicina apropiada. Quiero decir que tengo memoria muy reciente y muy viva de cada injusticia, de cada desprecio, de cada marginación, de cada 'beso falso', de cada humillación..."

“¡No, Yo no Me olvido de aquellos a quienes ustedes, los hombres olvidan! ¡Yo escucho a quienes ustedes no oyen, porque los ruidos de sus almas les impiden tener la paz para escuchar a los otros y lo que sus acciones quieren decirles, por irrazonables que les parezcan!”

“Yo coloco dulcemente en Mi Sagrado Corazón a aquellos que ustedes dejan tirados por el camino, a aquellos a quienes ustedes calumnian, a aquellos a quienes ustedes destrozan por alcanzar lo que ellos poseen: Bienaventuranzas!”

Sexta Palabra

Otro día Jesús me explicaba que no todos subimos por el mismo sendero hacia la santidad; que mientras algunos tienen que trabajar con la humildad, otros deben hacerlo con la alegría, otros deben trabajar con su falta de esperanza, otros con el carácter, otros con la vanidad, otros con la fortaleza para romper aquella cadena que los ata a algún vicio... En fin, cada uno en lo suyo.

Decía el Señor que cada vez que nos sentimos trabados en este camino, debemos hacer un análisis para ver claramente cuál es el lugar en el que tenemos colocados nuestros deseos; qué cosas son las que más nos preocupan o nos hacen perder la paz, la alegría; qué cosas y en qué momento se nos presentan las mayores tentaciones...

Me habló de las tentaciones de algunas personas que estuvieron cerca de Él. Habló de la tentación de desconfianza que sufrieron los apóstoles, cuando tuvieron la experiencia de verse en un momento de peligro mientras estaban en la barca y pensaron que se hundirían, que las aguas los ahogarían y ellos no podrían salvarse porque "Aquel" que podía ayudarlos estaba durmiendo.

Me habló de la tentación de la falta de fe de Pedro, cuando comenzó a hundirse en las aguas en el momento en que dudó de poder caminar sobre ellas para alcanzar a su Maestro.

Me habló de la tentación de Santiago y Juan, cuando discutían, deseosos de saber cuál se sentaría a Su derecha, dejando que las tentaciones de la envidia, la vanidad y el deseo de poder, hicieran presa de ellos.

Se refirió a las tentaciones que sufrieron los escribas y fariseos: envidia, temor y odio contra Él, sentimientos que les llevaron a poner piedras en Su camino para que se tropezara, de manera que todos pudieran caerle encima a golpes; me habló de cómo le hacían preguntas para pescarlo en 'su error' y condenarlo por ello.

Me habló de Sus propias tentaciones sufridas durante los 40 días que ayunó en el desierto y de cómo con Su oración y rechazo al demonio pudo superarlas.

Sobre todo esto que me iba contando, podría escribir varias páginas, pero en todos los casos el centro del mensaje era el

mismo: que únicamente se puede vencer a las tentaciones con la oración, y buscando vívidamente el cumplir la Voluntad del Padre.

¡Todo está consumado...!

Jesús habló así cuando llegó a la sexta palabra:



“Cuando dije que todo estaba consumado, resumía con esas palabras todo lo que Mi pensamiento decía al Padre. Está consumado el haber hecho Tu Voluntad, Padre Mío... Vine al mundo a través de las entrañas de una Virgen, en el cuerpecito de un bebé Me hice Hombre como todos los mortales para salvarlos...”

“Se cumplieron en Mí todas las profecías: Nací en Belén, viví pobrementemente, Me hice bautizar por un hombre, prediqué en Tu Nombre, Me enviaste y Te di a conocer amoroso y bondadoso como eres. Sufrí persecución, vine como médico de cuerpos y de almas y sané a muchos enfermos. Fui traicionado por un amigo íntimo, vendido por treinta monedas falsas... Vine a demostrarles que no está muerto quien en Ti y en Mí cree y resucité muertos.”

“ ¡Telestai! ¡Todo se ha consumado! Vine a salvar a los pecadores y aquí tienes a una, atada a Mi Cruz, llorando de amor por Ti y de dolor por Mí, junto a Mi Madre. Te Estoy llevando a un ladrón para que abra las puertas del Paraíso a todos los pecadores que quieran salvarse. ¡Todo está consumado...!”

“Se han cumplido en Mí las profecías, que suman más de 20 únicamente en el tiempo de Mi Pasión y Mi agonía... Estoy dejando a Mi Madre como Madre de toda la humanidad, para que los hombres no se sientan huérfanos, y Estoy dejando a la perfecta discípula que Me diste por Madre, en manos de aquellos que Me amarán a través de los siglos.”

“¡Telestai, Padre Mío...! (que quiere decir “¡Ya estuvo!” “¡Todo

está bien hecho!", "¡Ya he cumplido y he hecho lo mejor que he podido!"). La humanidad ha visto la Luz, y aunque no han sabido reconocerla, los iluminará a través de toda la historia de la tierra. ¡He cumplido Contigo, Padre, derrotando a la serpiente He abierto las Puertas del Cielo."

Recuerda hija mía a Job, cuando dice:

*"Da saltos el corazón,
salta fuera de su sitio,
oíd, oíd el estruendo de su Voz,
el rugido que de su boca sale,
debajo de todos los cielos lo lanza,
y su fulgor alcanza
hasta los extremos de la tierra"*

"Se Ha cumplido de manera perfecta, ya nunca más el hombre tendrá que temer a ese Dios justiciero que se empeñaron en mostrar por la cultura del pueblo, personas que vivieron los días de las amenazas... El Ángel Fuerte Ha cumplido, Padre y aunque ahora viene Mi retorno a Ti, de Mi Costado abierto nacerá la Iglesia sobre la cual no prevalecerán las puertas del infierno."

"Será una Iglesia santa, compuesta por hombres santos y pecadores, pero en medio de la inmundicia que es consecuencia de la miseria humana, brillarán como astros muchos hombres y mujeres que cumplirán sus votos y promesas... Tampoco faltará en esta Iglesia el dolor, la traición, el pecado... Sabes que todo está contaminado y todo deberá pasar por un Getsemaní y un Gólgota. Pero el resto fiel, esa porción de rebaño de esta Iglesia que Yo desde ahora baño con cada gota de Mi Sangre, llegará al Tabor para transfigurarla."

"¡Todo está consumado Padre! Todo tenía que cumplirse y todo tendrá que cumplirse, hasta las horas de tinieblas que tanto asustarán al hombre, porque es preciso que el hombre de la iniquidad se haga presente en el mundo para combatir a los Nuestros: a los Tuyos y Míos. Pero queda María, Padre Mío, Tu perfecta colaboradora, para dar cumplimiento a Tu Palabra. He sufrido todo en Mi Cuerpo, todo lo He hecho libremente, no por imposición Tuya,

sino porque Yo lo He querido, por Amor a Ti y por Amor al Hombre.”

“Todo está consumado y ahora debo volver a Ti, Padre Mío, pero recuerda que Te He encomendado a los Míos, para que ni uno sólo de ellos se pierda...”

“Yo Sé que se perderán los que habiéndome jurado fidelidad se irán detrás de los placeres del mundo. Se perderán los que, teniendo las manos consagradas para poder traerme y darme como alimento a los hombres, ensuciarán esas manos lastimando a los inocentes y entonces sí tendrán una soga con una piedra atada al cuello, para tirarse a las profundidades de un río de lava.”

“Se perderán los que no pudiendo llevar sobre sus hombros cargas pesadas, las echarán sobre las espaldas de los débiles, para aplastarlos. Se perderán los que no Me reconozcan ya en los sencillos y los humildes, porque los ciega su soberbia. Se perderán aquellos a quienes por haber recibido más, se les pedirá mayores cuentas...”

“Pero aquellos que son capaces de llorar ante la meditación de los dolores que ahora Me agobian, los que viendo una anciana harapienta besarán su mejilla en señal de hermandad e igualdad; los que pudiendo dormir en una cama duermen en el suelo, mortificando su carne en señal de reparación por amor a Nosotros... Los que reconozcan Mi mirada en la de los marginados, mi sonrisa pura en los niños, Mi voz en medio de la confusión y el bullicio del mundo, mi llanto en los pecadores arrepentidos... ”

“Aquellos que reflejen Mis manos en los perdones otorgados, los que sigan Mis huellas como misioneros, abriendo surcos de esperanza para sembrar Mi semilla, sin confiar en su capacidad, sino únicamente en Mi Providencia... Los que se vuelvan como niños, al punto que su inocencia y pureza los lleven a creer y a confiar plenamente en Mi Presencia Omnipotente...”

“Aquellos que siempre estén con los labios dispuestos a una sonrisa, a un perdón, a una bendición, a un reproche o corrección fraterna... Aquellos que no vacilen en decir con fuerza Mi mensaje de salvación, sin temor a que los callen, y que son capaces de aguantar los golpes,

las infamias, las calumnias y los insultos sin defenderse, sin albergar deseos de venganza... ¡Esos se salvarán, porque están entre los que llamo Míos y que fueron encomendados a Ti para que, siendo del mundo, no estén en el mundo... para que no se pierdan!”

Séptima Palabra:

Después de reflexionar sobre esta anterior palabra de Jesús en la Cruz, comprendo que a todos los cristianos, la cruz nos seguirá como si fuera parte de nuestra propia existencia. Pero también advierto que no todos somos capaces de despertar, de desenterrar al Cristo que permanece dormido dentro de nosotros.

Muchos vivimos llorando nuestras pequeñas o grandes cruces, pensando en que lo que nos tocó vivir es lo más triste, lo más doloroso, lo que nadie más que nosotros sería capaz de soportar... Y lo peor de todo es que creemos que Dios nos Ha olvidado, que no nos escucha o que está enojado con nosotros.

Sin embargo, no es así. Jesús dice que el conocimiento que tiene de nosotros, especialmente de los más dolientes, de los más sufridos, de los más débiles, hace que Él ame, preferentemente, al más pobre y al que más lo necesita.

Si tan sólo estuviésemos conscientes de que los más necesitados no son los menesterosos, sino por lo general los que tienen todo menos a Dios, entonces nuestros caminos se dirigirían hacia esas personas, que en realidad siendo los más ricos, muchas veces son los más pobres.

No es tan difícil llegar hacia el menesteroso y convencerlo de que confíe en Dios, pues por lo general esta gente tiene el corazón muy abierto hacia la Fe, y unas palabras, un simple gesto de amor muchas veces son suficientes para mostrarle el camino hacia el Padre. Lo difícil es convencer al hombre que por tenerlo todo, o por haber hecho del pecado la razón de su vida, está seguro de no necesitar más...

Esta es la labor más dura para los evangelizadores, cuando tienen que enfrentarse ante la soberbia, que es como lidiar directamente con el príncipe de este mundo, solapadamente escondido en el interior de un pobre hombre rico, pero necesitado del amor de Dios.

Cuánto bien nos haría meditar de vez en cuando sobre la Pasión de Jesús, sobre el dolor de la Santísima Virgen, que junto a Él, Ha sufrido el martirio de los martirios, al ver a Su Señor y a Su Hijo, crucificado por los hombres en el Calvario...

Y sin embargo, ha sido capaz de dejarnos el mejor de los

testimonios, pues con Su infinito Amor y Su absoluta Obediencia al Padre, soportó humildemente el descarnado dolor de ver morir en espantosa agonía a Su Hijo. Más aún: Se Ha hecho cargo de la humanidad como Madre, Ha querido –en otras palabras- proyectar en nosotros el Amor por Su Hijo. Debía sufrir como si fuese pecadora, junto a Su Hijo, siendo inocente como Él, y todo para que se cumpla, también en Ella, la Voluntad del Padre.

Jesús dijo que es por este aciago momento que se representan los dos Corazones unidos (símbolo de nuestra espiritualidad apostólica, al igual que de muchas otras comunidades y apostolados), porque se unieron a través del dolor: en el Gólgota fueron un solo Corazón herido, dos Corazones que se atravesaron para transformarse en uno. Un solo Corazón, en el sentimiento de dolor por el sufrimiento, y un solo Corazón, en el sentimiento de Amor, por obedecer al Padre y por salvar al hombre.

Ahora me veo en la necesidad de explicar a los lectores algo que, en principio, pareciera no tener mucha importancia, pero que sin embargo encierra una enseñanza crucial del Señor para todos nosotros:

Muchos de ustedes, queridos hermanos, se habrán preguntado por qué aparece Moisés en la tapa de este libro. Para entrar en tema necesito primero aclararles que jamás soy yo quien pone el nombre a uno de estos libros, y que para elegir la portada, hacemos mucha oración, pidiendo al Señor nos asista en la elección.

Jesús me dijo una noche de viernes:

“Se acercan las tinieblas para el mundo, pero quien vive abrazado a Mi Cruz, nada debe temer. Por eso el hombre no debe contentarse con mirar una imagen Mía o ir a una procesión de Viernes Santo, sino que debe procurar tener Mis mismos sentimientos: perdonar como Yo perdoné y pedir perdón como Yo lo hice. Callar ante las infamias, como callé Yo ante Pilatos; y sin embargo, sentir un celo valiente para ser capaces de sacar con un látigo a los mercaderes del Templo de Dios. Vivir para hacer la Voluntad del Padre, como viví Yo. Amar hasta dar la vida por los demás. Permitir que trituren su cuerpo y con gozo darse en alimento, para que otros se alimenten con ese pan.”

Luego de mi oración estaba yo meditando y pensaba en Moisés. Siempre me ha impactado mucho su misión, su vida... De pronto se abrió ante mis ojos ese espacio que muchas veces se abre para

permitirme contemplar una escena, lejana al lugar en el que yo estoy. Tenía frente a mí la escena de la Transfiguración y al verla me pregunté ¿Por qué Moisés y Elías? Y pensé que sería Elías por la fuerza del “Profeta de fuego”, que necesitaría Jesús para enfrentar lo que, como Hombre, tendría que vivir.

Pero al ver a Moisés, mi limitado conocimiento no alcanzaba a comprender qué hacía él allá. Fue como si una luz me iluminara por dentro y en, lo que yo considero pocos minutos, pasaron decenas de imágenes intercaladas frente a mí.

Moisés, saliendo solo de Egipto... y luego Jesús recibiendo el bautismo en el Jordán.

Moisés bajando de la Montaña, después de haber recibido el encargo de sacar al pueblo de Dios del cautiverio del Faraón... y luego Jesús, eligiendo a los doce Apóstoles, enseñando, curando, perdonando, viviendo entre Su pueblo.

Moisés sacando a su pueblo de Egipto... y luego Jesús predicando en el Monte de las Bienaventuranzas el llamado a la conversión, y anunciando el Reino de Dios.

Moisés en el paso del Mar Rojo... y luego Jesús devolviendo la vista a los ciegos, haciendo hablar a los mudos, caminar a los cojos; resucitando a los muertos.

Moisés comiendo con su pueblo el maná que Dios les enviaba desde el Cielo para que no murieran de hambre, en tanto caminaban hacia la tierra prometida... y luego Jesús con Sus discípulos, cenando por última vez con ellos e instituyendo la Eucaristía, para quedarse con nosotros; entregándonos Su Cuerpo y Su Sangre para alimentarnos y salvarnos de la muerte eterna.

Pero vi que Jesús en ese momento no estaba solo con Sus Apóstoles. De pronto aquella habitación se hizo inmensa, abarcaba todo lo que mis ojos podían alcanzar a mirar y junto a ellos, unos sentados en sillas de ruedas a los lados de los Apóstoles y los demás de pie detrás de Jesús y Sus discípulos, cientos, miles de sacerdotes, revestidos con una túnica blanca y estola de color rojo, con la mano derecha extendida hacia el lugar en el que Jesús levantaba el pan, repetían con el Señor las palabras de la Consagración.

La voz de Jesús me dijo: “Cuiden de Mis hermanos, porque a través

de ellos permaneceré con ustedes hasta el fin de los siglos”.

Luego volví a ver a Moisés en el Monte Sinaí, descalzo porque así se lo había ordenado el Señor, de rodillas, temblando al contemplar el dedo de Dios escribiendo los Diez Mandamientos para los hombres... y luego vi nuevamente a Jesús en el Huerto de Getsemaní, de rodillas, mirando y asumiendo todos nuestros pecados, contemplando lo que le esperaba sufrir por nosotros los hombres, temblando y sudando sangre.

Nuevamente volvió ante mis ojos la Última Cena, Jesús con Sus Apóstoles y todos los sacerdotes, repitiendo las Palabras de la Consagración. Jesús me miró un momento y me dijo: “Yo Soy el Pan de Vida y estos -levantó las dos manos como queriendo abarcar a todos- serán quienes Me den a los hombres como alimento de Vida Eterna.”

En ese momento todo mi cuerpo temblaba ante la majestuosidad de lo que estaba presenciando y entendiendo. Oculté mi rostro entre las manos, llorando... y después de un tiempo, tal vez minutos pero que me parecían horas, alcé la cara y volví a ver lo anterior:

Vi a Moisés levantando en alto un palo con una serpiente tallada, para curar con ella a los que eran mordidos por las víboras... y luego a Jesús, levantado allá frente a mí, en la Cruz, para curar el alma de los que serían mordidos por satanás y envenenados con el pecado.

“Recuerda lo que te dije al principio –me repitió el Señor-, que se acercaban horas de tinieblas para la humanidad, que sacudirán a las instituciones y con ellas a las personas. También Mi Iglesia tendrá que atravesar ese camino doloroso que ha iniciado ya, porque así está escrito. ‘El Pastor será herido y se dispersarán las ovejas...’ Pero recuerden que He vencido al mundo.”

Otra vez contemplé la última Cena frente a mí. Todos aquellos sacerdotes tenían el rostro transfigurado, con la misma cara de Jesús. Entonces se hizo la oscuridad total frente a mí y oí la voz del Señor, muy triste cuando decía: “¡Judas, lo que tienes que hacer, hazlo ya...!”

Volvió la imagen, pero en ese momento, junto a uno de los discípulos, salían muchos de esos sacerdotes, atropellándose, corriendo, ya no con el rostro brillante y sereno de Jesús, sino con sus propias caras, llenas de angustia y de dolor.

Desde lejos se oyó un alarido de mil voces juntas, como si corrieran a un barranco y se despeñaran. Asustada miré a los que estaban con el Señor, parecían no haber visto ni oído nada, tan sumergidos estaban en su oración, en el momento que vivían, que la paz del Maestro les daba un porte majestuoso, como de príncipes.

Entiendo que aquellos consagrados que permanecían junto al Señor, eran los que se mantendrían fieles a la opción que habían hecho por Él, y son los que entrarán en esa jerarquía divina, porque ganaron su derecho: porque el derecho es fruto de la fidelidad; la fidelidad es fruto de la unión estrecha, de la intimidad; la intimidad es fruto de la donación y la donación es fruto del amor agápico que se da sin pedir nada a cambio, por el simple hecho de buscar la felicidad del ser amado.

Finalmente, ese amor es fruto del conocimiento de Aquel a quien serás fiel por el resto de tus días, sin permitir que se apague el deseo de reproducir en ti la donación perfecta de Aquel a quien te has entregado.

Mis meditaciones se detuvieron de golpe cuando oí al Señor dar Su último grito entre aspiraciones de aire, cada vez más espaciadas:

Padre... ¡E n T us manos encomiendo Mi E spíritu...!



En el libro “Providencia Divina” editado hace 6 meses, relataba la muerte de mi madre y la profunda evangelización que recibimos todos los que estuvimos cerca de ella mientras agonizaba.

Para quien no lo ha leído, le comento que fue una agonía feliz, tranquila, en paz, confiada plenamente en el Amor de Dios; fue la agonía de una persona impaciente por irse y encontrarse con la Misericordia que estaba esperándola del otro lado de la cama. Ella nos pedía oraciones y canciones, mientras repetía una y otra vez, con

los enormes ojos azules muy abiertos el pedido de Jesús: “¡Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu!”

Cuando ella moría yo pensaba en la muerte de Jesús... Ahora el Señor me permitía que yo, pobre pecadora, presenciase aquel instante y reviviese así el otro, unidas las dos circunstancias por la Infinita Omnipotencia del que Todo lo puede y en el amor del que es el Amor mismo. Pocos momentos en mi vida habrán de ser tan impactantes y tan difíciles de explicar...

En el Gólgota, el Cielo estaba casi negro, la tierra entera temblaba y toda la gente había echado a correr huyendo. Unos gritando de miedo por ver la misma naturaleza sacudiéndose, otros llorando y suplicando perdón, y repitiendo que verdaderamente Este Hombre era el Hijo de Dios.

“Vuelvo al Padre -me dijo Jesús- y un día habrán de comprender, aquellos malos hermanos que han hecho un oficio de su vocación, el verdadero sentido de Mi predilección por ellos, al concederles la gracia de hacerme presente a través de sus manos en la Eucaristía...”

“Entonces ya no usarán el Altar para lanzar una homilía que pueda confundir en lugar de ayudar al hombre, para hacer política, para justificar un salario o simplemente para ‘cumplir con su deber’ cuando ya no pueden evitarlo, y lo hacen mirando el reloj para salir corriendo a cumplir con sus otras ‘obligaciones’...”

“Esos tendrán que hacer un alto en su camino hacia el abismo, y reconocerán que su amor por ellos mismos es mayor que el amor y el deseo de servicio a Dios y al hombre; porque con su actitud le quitan la confianza y desaniman a aquel que decide ir –al menos una vez por semana- al encuentro Conmigo...”

“A ellos y a ustedes les digo desde Mi Cruz: No se quejen de que las sectas se vayan llenado de gente, sin preguntarse si es una consecuencia del testimonio de ustedes...”

Volví a oír aquellas Palabras que representaban el final y el principio de todo: “Padre, ¡En Tus manos encomiendo Mi Espíritu!” y la cabeza del Salvador de la humanidad, se recostó sobre Su hombro y Su pecho, y así permaneció un momento antes de descolgarse del todo sobre el pecho. Ese momento, que podría haber sido

interminable y que a veces creo que vivirá por siempre junto a mí, estaba absolutamente presente en mis ojos, en mis oídos, cuando me dijo:

“Tenía todo el Cuerpo destrozado, pero Mi gozo era tan grande que desde el otero de Mi Pasión contemplé el Cielo y exclamé que habiéndose cumplido todo perfectamente, en las manos del Padre amoroso encomendaba Mi Espíritu.”

“Ese Espíritu, que fuera revelado a los hombres el día de Mi Bautizo en el Jordán, retornaría al Padre Conmigo para que nuevamente la Trinidad estuviese Plena en la Gloria. Y así como se abrieron los Cielos aquel día para que la Luz irradiara al Amor de la Tercera Persona, como dice el Evangelio, en forma de una paloma, ahora se rasgaba el velo del Templo que cubría El Arca de la Alianza, para sentenciar a los que Me habían condenado y aquello sí los horrorizó por la cultura y la educación de esa gente.”

“La misión del Verbo había concluido, la tremenda batalla había llegado a su fin. Moría el Hijo del Hombre, entregado voluntariamente por Amor. Me depositaba, confiadamente en las manos de Mi Padre, pacíficamente, dulcemente. Otro había muerto horas antes ahorcado, desesperado; como mueren los cobardes, los traidores, los que no aman a Mi Padre y por tanto no confían en el perdón.”

De pronto, volvió la Luz, se disiparon las tinieblas y al ver mi sorpresa, Jesús habló desde la Cruz.

“Esta Luz que ves llegaría en poco tiempo a Mis Apóstoles, para iluminarlos y asistirlos a través de este Mi Espíritu que depositaba en las manos del Padre. Él vendría a recordarles todo cuanto de Mí escucharon y a asistirles para que ese conocimiento penetrara tan profundamente en ellos que les permita, por Su Fuerza, adquirir toda la sabiduría y santidad necesarias para prolongarme en ellos: para seguir caminando entre ustedes, para seguir sanando, para seguir bendiciendo, para seguir salvando...”

“Todo esto tuvo que ser visto por testigos, para que se llegara a comprender el valor real del sacrificio de un Hombre que entrega voluntariamente su vida en donación a Dios y a los otros hombres.”

El Señor no me lo dijo, pero comprendí que ese mismo Espíritu era el que se derramaría luego sobre los sucesores de los Apóstoles; pues de alguna manera estaba refiriéndose a los sacerdotes y laicos comprometidos...

Luego siguió Jesús diciéndome: "He cumplido, vuelvo al Padre, y ustedes, los que Me aman, serán también perseguidos, calumniados, humillados, maltratados... Pero no están solos, permanezco con ustedes y dejo con ustedes lo más precioso de Mi Vida: Mi Madre, que desde ahora será su Madre."

Cuando Jesús termina de decir esto, veo que se acerca un soldado y tomando una lanza susurra algo que no llego a entender, y con un gesto de piedad, atraviesa el costado del Señor y cae una cantidad de sangre y agua, salpicando la cara del soldado que se cubre los ojos con la mano y cae en tierra.

El pecho del Redentor estaba lleno de luz, con una sinfonía de matices que no podría describir, sale de ese costado abierto algo como agua pero que es brillante y luego sangre que se mezcla con esa agua. Va abriendo surcos en la tierra y por donde pasa la sangre, se levantan unas azucenas maravillosamente blancas.

Desaparece la Cruz de Jesús, en su lugar veo ahora una enorme iglesia, y en ella van entrando estas flores, como si se deslizaran. Pero por otro lado también van entrando muchísimos jóvenes vestidos de túnica blanca.

Repentinamente me veo dentro de esa iglesia y contemplo: delante del Altar están todas esas flores blancas, que ahora se convierten en mujeres jóvenes, y del otro lado varones vestidos con albas. Varones y mujeres están postrados en humilde oración y tienen los brazos en cruz. Entiendo que son las mujeres y varones que están siendo consagrados, entregando sus vidas a Dios...

Oigo un coro maravilloso, como el que he escuchado alguna vez durante la Santa Misa, y veo a Jesús Resucitado, majestuosamente vestido, como un Rey que al momento hace una seña y uno a uno se le van acercando los jóvenes, para que Él mismo unja sus manos mientras sonríe, con el amor que alguna vez observo en los ojos de un papá mirando a sus hijos.

Jesús me mira por unos segundos y dice luego, mientras se dirige hacia el centro del Altar: "A través del Orden Sacerdotal, con la

fuerza del Santo Espíritu, todos los pecados de los hombres serán perdonados y ellos abrirán para ustedes las puertas del Cielo... Pero Soy un amante celoso que exige de ellos todo su querer. Espero todo de un alma, de acuerdo con la vocación a la que fue llamada un día y a la invitación que sigo haciéndoles diariamente en su vida común a través de las circunstancias.”

En ese preciso instante, la visión de Moisés y Jesús volvió de manera terrible. Procuraré ser lo más fiel posible al describirla.

Vi a Moisés, parado sobre una meseta del Monte Sinaí, llevaba en las manos dos piedras grandes con unos gráficos (supongo que son los Mandamientos). Abajo estaba el pueblo en un ruido horrible y unas escenas asquerosas. Más parecían bestias que humanos. El rostro del Profeta se puso casi morado, congestionado, lo vi tambalearse y luego con fuerza y con rabia tiró las dos piedras sobre el pueblo. Fue como si cien cargas de dinamita cayeran sobre ellos porque mucha gente volaba por los aires, y muchos caían dentro de un gran hoyo en el suelo gritando.

Luego vi a Jesús, levantado sobre la Cruz y detrás de Él dos enormes ángeles con el rostro muy brillante, pero con una expresión muy fuerte de enojo. Uno de ellos llevaba unas “tablas” (las llamaremos así), como las piedras que llevaba Moisés, pero eran de carne. Si se juntaban formarían seguramente un corazón. En una de ellas decía: “Amarás a Dios por sobre todas las cosas” y en la otra “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. El otro Ángel llevaba en las dos manos una enorme Copa llena de Sangre.

Cuando los ángeles se disponían a tirar sobre el globo terráqueo aquellas “tablas de carne” y el Cáliz con Sangre, se oyó una voz varonil que decía: “¡Alto!... Infundiré Mi Ley en sus corazones, ellos serán Mi pueblo y Yo seré su Dios...”

Los dos ángeles, al escuchar la voz, se arrodillaron bajando la cabeza y desaparecieron de mi vista.

En un instante pensé en el paralelismo entre Moisés y Jesús. Y me horroricé de pensar en lo que habría sucedido si los Ángeles lanzaban aquellos dos mandamientos y el Cáliz de Sangre sobre la tierra... Pienso que habríamos perecido todos, recibiendo tal vez un castigo que, con nuestros pecados, parecíamos estar pidiendo a gritos.

Ante este recuerdo, no me mueve el sentimiento a otra cosa que a pedir a Dios Misericordia para el mundo.

Estoy segura de que, quien lea este testimonio, comprenderá el momento que vivimos y coincidirá conmigo en que si no nos arrodillamos ante Jesús, vivo en el Santísimo Sacramento del Altar, haciendo reparación y uniendo nuestras oraciones, aquella copa rebalsará y se perderá gran parte de la humanidad.

Entonces vi a la Virgen Santísima, sentada en el suelo, con Jesús recostado sobre una tela y Su cabeza en las faldas de la Virgen. Lo acariciaba y besaba, derramando abundantes lágrimas.

Yo soy madre, y cuando alguna vez mis hijos han tenido sufrimientos y han estado lejos mío, he sentido un dolor espiritual y físico. Cuando trato de explicarlo digo que me duelen los pechos que alimentaron al hijo ahora sufriente o con problemas.

Contemplar este cuadro y pensar en el Corazón de nuestra Madre, me provoca tanto respeto, que creo que uno no puede menos que postrarse en tierra. Ahí está la Mujer, sosteniendo la cabeza de Su Hijo muerto, aceptando el dolor que está traspasándole el Corazón.

Cuando una persona querida muere, uno sabe que el dolor se queda con uno. El que se va no lleva dolor.

En este caso, desde el primer "Sí" de la Virgen hasta este momento, la vida de ambos Ha estado tan íntimamente unida que uno podía sufrir o gozar con los sentimientos del otro.

Si la Iglesia proclama que todo dolor humano es redentor, que sirve para la salvación de las almas cuando es ofrecido a Dios con amor, ¿Cómo puede alguien molestarse cuando oye decir que María fue Corredentora al pie de la Cruz?

El lazo que une a la Mujer del Génesis, cuya descendencia aplastaría la cabeza de la serpiente, con la mujer vestida de sol del Apocalipsis, ¿no es precisamente el de la "Corredención", -el hecho de que Ella haya participado activamente, también como víctima, en aquel santo sacrificio- que se perpetró a los pies de la Cruz?

Pido perdón por lo antedicho si ofendo a los hombres, pero júzguelo nuestra Madre la Iglesia, que mi formación no me da para esbozar siquiera un criterio; pero el amor, reconoce al AMOR y para eso no se necesita sabiduría.

Volvió la escena del Calvario y repitió la voz majestuosamente: “¡... Infundiré Mi Ley en sus corazones, ellos serán Mi pueblo y Yo seré su Dios...!”

Entonces apareció ante mis ojos nuevamente la gran iglesia donde entraban no solamente los futuros sacerdotes y mujeres consagradas, sino un sinfín de mujeres y hombres, viejos, jóvenes y niños...

Algo me obligó a mirar hacia la cúpula del templo. Allí estaba la Virgen María, majestuosa, cubriendo con un manto azul claro toda la escena. Traía una hermosa sonrisa, como una mamá que abraza a su bebé protegiéndolo con muchísimo amor.

Adentro estaba Jesús, revestido como en la imagen de Cristo Rey, celebrando la Santa Misa. Concelebraban con Él todos aquellos jóvenes que antes habían sido unguidos. Sentí una enorme alegría en el corazón.

Jesús me dijo entonces: “Di a todos Mis hijos que no es suficiente conocer de memoria las quince estaciones del Vía Crucis, sino vivirlo y recrearlo para que cada Santa Misa sea verdaderamente el memorial de Mi Pasión.

“Diles que desde la Cruz, me He inclinado ante cada uno de ellos porque la fuerza del amor les Ha concedido ser ‘Alteri Christi’...” (otros Cristos)

En ese momento vi un cuarto con una ventana no muy grande, las paredes claras y Jesús, resplandeciente, todo vestido de blanco, que soplaba sobre Sus Apóstoles y les decía: “Reciban el Espíritu Santo... A quien perdonen sus pecados, les serán perdonados en el Cielo....”

Transcribo a continuación las últimas palabras de Jesús, que acaba de darme para ustedes, mientras termino de escribir este testimonio, en el amanecer de la festividad del Bautismo de nuestro Señor.

“Querido hermano, para ti Ha sido este testimonio. Para que logres vivir un tiempo de cuaresma renovado, en la profunda meditación de la unión que deseo tener contigo y a través de ti, con Mi Pueblo.”

“No permitas que el racionalismo del mundo cambie tus blancas vestiduras por una hoz y un martillo. Tu biblioteca debe ser contemplarme en la Cruz. Tus armas y las de todo cristiano deben ser la oración, la compañía de Mi Madre, y el puerto de salvación la Eucaristía.”

“Pero cuida siempre que tu celebración sea como Aquella del Jueves Santo; esa celebración que estremece los corazones de los laicos. Recuerda que Mi pueblo quiere santidad en sus Pastores.”

Palabras finales:

Muy apreciados sacerdotes, queridos Padres:

Hasta aquí este pequeño libro, testimonio de favores nunca merecidos, tan sólo por el inmenso Amor de Dios hacia la humanidad y hacia ustedes, las almas consagradas.

Con el favor de Dios, estas páginas serán entregadas para su difusión el día de la Virgen de la Candelaria, mi madrina. A Ella encomiendo la protección de todos ustedes.

Vienen a mi mente distintos pasajes y diferentes Palabras de Jesús, que quiero compartir con ustedes.

Llamó Jesús a sus doce apóstoles, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y virtud de curar las enfermedades. Y los envió a predicar el Reino de Dios y curar a los enfermos. Y les dijo: "No lleven nada para el viaje, ni alforjas, ni pan, ni dinero, ni ropa".

Después eligió a otros setenta y dos, a los cuales envió delante de Él, de dos en dos, por todas las ciudades y lugares adonde había de ir Él mismo. Y les decía: "La mies es mucha y los obreros pocos. Rueguen, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Vayan ustedes: he aquí que los envío como ovejas en medio de lobos. Por lo tanto, deberán ser astutos como serpientes y sencillos como palomas. El que los escucha a ustedes me escucha a mí, y el que los desprecia, a mí me desprecia. Y quien a mí me desprecia, desprecia a Aquel que me ha enviado. Por mi causa los llevarán ante reyes y gobernadores para dar testimonio de mí ante ellos. No se preocupen de lo que tienen que decir, pues el Espíritu Santo hablará por ustedes

Todos los odiarán por causa de mi nombre, pero el que persevere hasta el fin, ese se salvará.

No tengan miedo, pues no hay nada oculto que no llegue a descubrirse. Lo que les digo de noche, díganlo a la luz del día, y lo que les digo al oído, predíquenlo desde los terrados. No teman a los que matan al cuerpo y no pueden matar el alma; teman sólo a los que pueden arrojar alma y cuerpo al infierno.

Todo aquel que me reconozca delante de los hombres, yo también

lo reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos, pero quien me negare delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos”.

Regresaron los setenta y dos llenos de gozo, diciendo: “Señor, hasta los demonios mismos se sujetan a nosotros por la virtud de tu nombre”.

Él les respondió: “Yo estaba viendo a Satanás caer como un relámpago. Les he dado poder de tocar serpientes y escorpiones y todo el poder sobre el enemigo y nada podrá hacerles daño. Pero no se alegren tanto porque los demonios se les sometan. Alégrese más bien porque sus nombres están escritos en el cielo...”

Desde lo más profundo de mi corazón les doy las gracias por todos los perdones otorgados a los hombres en nombre de nuestra Iglesia, gracias por entregar su vida a Quien es CAMINO, VERDAD Y VIDA; por traernos a Jesús, Pan del Cielo, para fortalecernos en este destierro temporal. Que Él sea fuente de unión y caridad entre quienes componemos Su Iglesia, para mayor Gloria de Dios y la salvación de las almas.

Con profundo respeto y en el Amor Misericordioso de Jesús,

Catalina

2 de febrero de 2004,
Día de la Presentación del Señor y día de la Virgen de la
Candelaria.

Nota de los editores

Los libros de “La Gran Cruzada” forman parte de una colección de textos, que cuenta ya con más de 10 volúmenes, cuyas enseñanzas transmiten la espiritualidad del Apostolado de la Nueva Evangelización (ANE), que se fundamenta en las Sagradas Escrituras y el Catecismo de la Iglesia.

El ANE es un movimiento católico de laicos, que surge como respuesta al insistente llamado de Juan Pablo II a los bautizados, para que se comprometan en la tarea de promover la Buena Nueva de que Cristo ha muerto y resucitado para salvarnos del pecado.

Como católicos que somos, nos sometemos completamente al Magisterio de la Iglesia, que sobre el tema de las “Revelaciones Privadas” expresa lo siguiente:

“ ‘La economía cristiana, por ser alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la manifestación de nuestro Señor Jesucristo’ (Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática ‘Dei Verbum’ 3 AAS 58)

Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos.”

“A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas ‘privadas’, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Éstas, sin embargo, no pertenecen al depósito de la fe. Su función no es la de ‘mejorar’ o ‘completar’ la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia.

Guiado por el Magisterio de la Iglesia, el sentir de los fieles (sensus fidelium) sabe discernir lo que en estas revelaciones constituye una llamada auténtica de Cristo o de sus santos a la Iglesia.

La fe cristiana no puede aceptar ‘revelaciones’ que pretenden superar o corregir la Revelación de la que Cristo es la plenitud. Es el caso de ciertas religiones no cristianas y también de ciertas sectas recientes que se fundan en semejantes ‘revelaciones’.”

Catecismo de la Iglesia Católica cánones 66 y 67

Como puede verse en el interior de nuestros libros, la mayoría de ellos cuentan con el debido "IMPRIMATUR", otorgado por Obispos de la Iglesia Católica, de los Ritos Latino y Caldeo. Han sido traducidos a más de seis idiomas y son recomendados por varios obispos, quienes estiman que su lectura ayuda al crecimiento espiritual de los fieles católicos.

Los primeros libros de esta serie de la "Gran Cruzada" no fueron impresos con el sistema offset, sino que se distribuyeron a través de fotocopias, tomadas directamente de los primeros originales transcritos.

Con el correr del tiempo, muchas personas -entendemos que con muy buena voluntad- colaboraron "retranscribiendo y poniendo formato a los textos" para luego fotocopiarlos, dado que "las copias de las copias" ya resultaban en ciertas circunstancias ilegibles... Lamentablemente, en estos procesos se cometieron demasiados errores, no sólo de ortografía, sino también de transcripción (teclado), que en algunos casos terminaron por modificar el sentido de los textos, acarreándonos no pocos problemas.

Precisamente por ese motivo, el Apostolado de la Nueva Evangelización, por sugerencia de algunos sacerdotes y obispos, ha decidido pedir a los lectores que, por ninguna causa y bajo ninguna circunstancia, estos mensajes sean transcritos nuevamente, sin la estricta vigilancia y la debida autorización de nuestro Director General, el Padre Renzo Sessolo SDB.

Enero de 2004.

Citas bíblicas referidas a Jesús

GENESIS 22,6-8

6 Tomó Abraham la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac, tomó en su mano el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos. 7 Dijo Isaac a su padre Abraham: «¡Padre!» Respondió: «¿qué hay, hijo?» - «Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?» 8 Dijo Abraham: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.» Y siguieron andando los dos juntos.

SALMO 96,12 y ss

12 exulte el campo y cuanto en él existe, griten de júbilo todos los árboles del bosque, 13 ante la faz de Yahveh, pues viene él, viene, sí, a juzgar la tierra! El juzgará al orbe con justicia, a los pueblos con su lealtad.

SABIDURIA 2,12-14 y 19-20

12 Tendamos lazos al justo, que nos fastidia, se enfrenta a nuestro modo de obrar, nos echa en cara faltas contra la Ley y nos culpa de faltas contra nuestra educación.

13 Se gloria de tener el conocimiento de Dios y se llama a sí mismo hijo del Señor.

14 Es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible,

19 Sometámosle al ultraje y al tormento para conocer su temple y probar su entereza. 20 Condenémosle a una muerte afrentosa, pues, según él, Dios le visitará.»

SABIDURÍA 14,7;

7 Pues bendito es el leño por el que viene la justicia,

ISAÍAS 53,4-6

4 ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. 5 El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados.

6 Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

ISAÍAS 53,8

8 Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;

ISAÍAS 53,7

7 Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.

MIQUEAS 6,3

3 «Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿En qué te he molestado? Respóndeme.

SALMO 35,11-12

11 Testigos falsos se levantan, sobre lo que ignoro me interrogan;
12 me pagan mal por bien, ¡desolación para mi alma!

JOSUÉ 7,10-12

10 Yahveh respondió a Josué: «¡Arriba! ¡Vamos! ¿Por qué te estás así rostro en tierra? 11 Israel ha pecado, también ha violado la alianza que yo le había impuesto. Y hasta se han quedado con algo del anatema, y lo han robado, y lo han escondido y lo han puesto entre sus utensilios. 12 Los israelitas no podrán sostenerse ante sus enemigos; volverán la espalda ante sus enemigos, porque se han convertido en anatema. Yo no estaré ya con vosotros, si no hacéis desaparecer el anatema de en medio de vosotros.

LAMENTACIONES 3,11-15

11 Intrincando mis caminos, me ha desgarrado, me ha dejado hecho un horror.
12 Ha tensado su arco y me ha fijado como blanco de sus flechas.
13 Ha clavado en mis lomos los hijos de su aljaba. 14 De todo mi pueblo me he hecho la irrisión, su copla todo el día. 15 El me ha colmado de amargura, me ha abrevado con ajeno.

SALMO 140, 5-6

5 Presérvame, Yahveh, de las manos del impío, del hombre violento guárdame, los que proyectan trastornar mis pasos, 6 los insolentes que me han ocultado cepto y lazos, y tienden una red bajo mis pies, y al borde del sendero me han emplazado trampas.

SALMO 38,7-8; 12-13,20-21;

7 encorvado, abatido totalmente, sombrío ando todo el día. 8 Están

mis lomos tímidos de fiebre, nada hay sano ya en mi carne. 12 Mis amigos y compañeros se partan de mi llaga, mis allegados a distancia se quedan; 13 y tienden lazos los que buscan mi alma, los que traman mi mal hablan de ruina, y todo el día andan urdiendo fraudes. 20 Aumentan mis enemigos sin razón, muchos son los que sin causa me odian, 21 los que me devuelven mal por bien y me acusan cuando yo el bien busco.

JOB 19,25

25 Yo s que mi Defensor est vivo, y que el, el último, se levantará sobre el polvo.

CANTAR DE LOS CANTARES 6,1

1 ¿A dónde se fue tu amado, oh la más bella de las mujeres? ¿A dónde tu amado se volvió, para que contigo le busquemos?

LAMENTACIONES 1,15

15 Smek Ha desechado a todos mis valientes de en medio de mí el Señor. Ha convocado un concejo contra mí para acabar con mis jóvenes. El Señor ha pisado en lagar a la virgen, hija de Judá.

JEREMÍAS 14,17

17 Les dirás esta palabra: Dejen caer mis ojos lágrimas de noche y de día sin parar, porque de quebranto grande es quebrantada la doncella, hija de mi pueblo, de golpe gravísimo,

ISAÍAS 53,2

2 Creció como un retoño delante de el, como raíz de tierra rida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.

ISAÍAS 50,5-6

5 el Señor Yahveh me ha abierto el oído. Y yo no me resist, ni me hice atrás.

6 Ofrec mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurt a los insultos y salivazos.

ISAÍAS 52,14

14 Así como se asombraron de el muchos - pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana

ISAÍAS 53,3

3 Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor

de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta.

SALMO 109,22-24

22 Porque soy pobre y desdichado y tengo dentro herido el corazón; 23 cual sombra que declina me voy yendo, me han sacudido igual que a la langosta. 24 Por tanto ayuno se doblan mis rodillas, falta de aceite mi carne ha enflaquecido;

ISAÍAS 22,9-16

9 Y las brechas de la ciudad de David visteis que eran muchas, y reunisteis las aguas de la alberca inferior. 10 Las casas de Jerusalén contasteis, y demolisteis casas para fortificar la muralla. 11 Un estanque hicisteis entre ambos muros para las aguas de la alberca vieja; pero no os fijasteis en su Hacedor, al que desde antiguo lo ideó de lejos no le visteis. 12 Llamaba el Señor Yahveh Sebaot aquel día a lloro y a lamento y a raparse y ceñirse de sayal, 13 mas lo que hubo fue jolgorio y alegría, matanza de bueyes y degüello de ovejas, comer carne y beber vino: «¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!» 14 Entonces me reveló al oído Yahveh Sebaot: «No será expiada esa culpa hasta que muráis» - ha dicho el Señor Yahveh Sebaot -. 15 Así dice el Señor Yahveh Sebaot: Preséntate al mayordomo, a Sebná, encargado del palacio, 16 el que labra en alto su tumba, el que se talla en la peña una morada: «¿Qué es tuyo aquí y a quién tienes aquí, que te has labrado aquí una tumba?»

JOEL 2,12

12 «Mas ahora todavía - oráculo de Yahveh - volved a mí de todo corazón, con ayuno, con llantos, con lamentos.»

LAMENTACIONES 3,38-39

38 ¿No salen de la boca del Altísimo los males y los bienes? 39 ¿De qué, pues, se queja el hombre? ¡Que sea hombre contra sus pecados!

ISAÍAS 51,17

17 ¡Despierta, despierta! ¡Levántate, Jerusalén! Tú, que has bebido de mano de Yahveh la copa de su ira. El cáliz del vértigo has bebido hasta vaciarlo.

JEREMÍAS 31,6

6 Pues habrá un día en que griten los centinelas en la montaña de Efraím: «¡Levantaos y subamos a Sión, adonde Yahveh, el Dios nuestro!»

ISAÍAS 61,1-2

1 El Espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me

ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; 2 a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran,

ISAÍAS 33,10

10 «Ahora me levanto - dice Yahveh - ahora me exalto, ahora me elevo.

LAMENTACIONES 5,16

16 Ha caído la corona de nuestra cabeza. ¡Ay de nosotros, que hemos pecado!

JOB 19,8-11

8 El ha vallado mi ruta para que yo no pase, ha cubierto mis senderos de tinieblas.

9 Me ha despojado de mi gloria, ha arrancado la corona de mi frente. 10 Por todas partes me mina y desaparezco, arranca como un árbol mi esperanza. 11 Enciende su ira contra mí, me considera su enemigo.

ECLESIAÍSTICO 5,14

14 Que no se te llame maldiciente, no pongas lazos con tu lengua, que sobre el ladrón cae la vergüenza, y dura condenación sobre la lengua doble.

ISAÍAS 1,66

De la planta del pie a la cabeza no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras y heridas frescas, ni cerradas, ni vendadas, ni ablandadas con aceite.

GENESIS 37,31-32

31 Entonces tomaron la túnica de José, y degollando un cabrito, tiñeron la túnica en sangre, 32 y enviaron la túnica de manga larga, haciéndola llegar hasta su padre con este recado: «Esto hemos encontrado: examina si se trata de la túnica de tu hijo, o no.»

SALMO 22,7,18-19

7 Y yo, gusano, que no hombre, vergüenza del vulgo, asco del pueblo,

18 Puedo contar todos mis huesos; ellos me observan y me miran, 19 repártense entre sí mis vestiduras y se sortean mi túnica.

ISAÍAS 61,10

10 «Con gozo me gozaré en Yahveh, exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación, en manto de justicia me ha envuelto como el esposo se pone una diadema, como la novia se adorna con aderezos.

ISAÍAS 52,7

7 ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación, que dice a Sión: «Ya reina tu Dios!»

ZACARÍAS 12,10; 13,6

10 derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración; y mirarán hacia mí. En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán lamentación por él como lamentación por hijo único, y le llorarán amargamente como se llora amargamente a un primogénito.

13,6 Y si alguien le dice: «¿Y esas heridas que hay entre tus manos?», responderá: «Las he recibido en casa de mis amigos.»

ISAÍAS 53,12

12 Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.

EXODO 12,5-7

5 El animal será sin defecto, macho, de un año. Lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. 6 Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y toda la asamblea de la comunidad de los israelitas lo inmolará entre dos luces. 7 Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde lo coman.

EZEQUIEL 17,22-23

22 Así dice el Señor Yahveh: También yo tomaré de la copa del alto cedro, de la punta de sus ramas escogeré un ramo y lo plantaré yo mismo en una montaña elevada y excelsa: 23 en la alta montaña de Israel lo plantaré. Echará ramaje y producirá fruto, y se hará un cedro magnífico. Debajo de él habitarán toda clase de pájaros, toda clase de aves morarán a la sombra de sus ramas.

CANTAR DE LOS CANTARES 8,6-7

6 Ponme cual sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo.

Porque es fuerte el amor como la Muerte, implacable como el seol la pasión. Saetas de fuego, sus saetas, una llama de Yahveh. 7 Grandes aguas no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarlo. Si alguien ofreciera todos los haberes de su casa por el amor, se granjearía desprecio.

NUMEROS 21, 8-9

8 Y dijo Yahveh a Moisés: «Hazte un Abrasador y ponlo sobre un mástil. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá.» 9 Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida.

DEUTERONOMIO 21,23

No dejarás que su cadáver pase la noche en el árbol; lo enterrarás el mismo día, porque un colgado es una maldición de Dios. Así no harás impuro el suelo que Yahveh tu Dios te da en herencia.

ISAÍAS 1,10

10 Aquel día la raíz de Jesé que estará enhiesta para estandarte de pueblos, las gentes la buscarán, y su morada será gloriosa.

LAMENTACIONES 1,12

12 Vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor que me atormenta, con el que Yahveh me ha herido el día de su ardiente cólera.

APOCALÍPSIS 5,6

6 Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro Vivientes y de los Ancianos, un Cordero, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra.

JUDIT 15,9-10

9 En llegando a su presencia, todos a una voz la bendijeron diciendo: «Tú eres la exaltación de Jerusalén, tú el gran orgullo de Israel, tú la suprema gloria de nuestra raza. 10 Al hacer todo esto por tu mano has procurado la dicha de Israel y Dios se ha complacido en lo que has hecho. Bendita seas del Señor Omnipotente por siglos infinitos.» Y todo el pueblo respondió: «¡Amén!»

SALMO 16,10

10 pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa.

SALMO 30,6

6 De un instante es su cólera, de toda una vida su favor; por la tarde visita de lágrimas, por la mañana gritos de alborozo.

SALMO 24,7

7 ¡Puertas, levantad vuestros dinteles, alzaos, portones antiguos, para que entre el rey de la gloria!

ISAÍAS 40,1-2

1 Consolad, consolad a mi pueblo - dice vuestro Dios. 2 Hablad al corazón de Jerusalén y decidle bien alto que ya ha cumplido su milicia, ya ha satisfecho por su culpa, pues ha recibido de mano de Yahveh castigo doble por todos sus pecados.

ISAÍAS 53,12

12 Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.

Apostolado de la Nueva Evangelización (ANE)
www.a-n-e.net - www.jesucristovivo.org
Calle 1— H Nº 104 X 20
Col. México Norte, C.P. 97128
Mérida, Yucatán, México
Teléfono (52) (9) 944 0540
Fax (52) (9) 948 1777

Libros de “La Gran Cruzada”

El presente libro es parte de una serie de obras, que en su conjunto reciben el nombre de “Gran Cruzada de Amor y Misericordia”.

Tales son pues, los dones de nuestro Señor para con la humanidad, y tales las virtudes que Él desea sembrar en nuestros corazones.

Si estás interesado (o interesada) en obtener los anteriores libros de esta Cruzada, puedes contactarte con nosotros, escribiendo a las direcciones o llamando a los teléfonos que se consignan al pie de esta página.

La serie completa cuenta con los siguientes títulos:

- Manantiales de Misericordia
- El Arca de la Nueva Alianza
- La Gran Cruzada del Amor
- La Gran Cruzada de la Misericordia
- La Puerta del Cielo
- La Gran Cruzada de la Salvación
- La Pasión
- La Hora Santa
- La Santa Misa
- Providencia Divina
- Del Sinaí al Calvario

MÉRIDA Y PEDIDOS DEL EXTERIOR:

anemer@prodigy.net.mx
Tel. (01999) 948-18-16
(01999) 944-05-40

MONTERREY:

gerardostrobl@aol.com
dianastrobl@aol.com
Tel. (0181) 8266-03-70
Cel. (0181) 83-24-38-09

QUINTANA ROO:

omolina@hotmail.com
Cel(01987) 878-56-27

CIUDAD DE MÉXICO:

brendaleyvah@hotmail.com
Cel. (015) 568-25-86

QUERÉTARO:

Issasi_espinola_enrique@hotmail.com
Cel. (01442) 2195-92-91

SINALOA

luzmagarcia8@hotmail.com
Luzhashimoto@hotmail.com
(0168) 7872-08-11



Apostolado de la Nueva Evangelizació

